

Traducción de
JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ

Frame Analysis

Los marcos
de la experiencia

227

Erving Goffman

CIS

Centro de Investigaciones Sociológicas

SIGLO
XXI

Catálogo general de publicaciones oficiales
<http://publicaciones.administracion.es>

COLECCIÓN «MONOGRAFÍAS», NÚM. 227

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento (ya sea gráfico, electrónico, óptico, químico, mecánico, fotocopia, etc.) y el almacenamiento o transmisión de sus contenidos en soportes magnéticos, sonoros, visuales o de cualquier otro tipo sin permiso expreso del editor.

Primera edición, diciembre de 2006

© CENTRO DE INVESTIGACIONES SOCIOLÓGICAS
Montalbán, 8. 28014 Madrid
www.cis.es

En coedición con

© SIGLO XXI DE ESPAÑA EDITORES, S. A.
Menéndez Pidal, 3 bis. 28036 Madrid
www.sigloxxieditores.com

Título original: *Frame Analysis. An Essay on the Organization of the Experience*
© 1975, Cambridge, Massachusetts (2.ª ed.)

DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY

Impreso y hecho en España
Printed and made in Spain

NIPO: 004-06-018-2
ISBN: 84-7476-411-4
Depósito legal: M. 49.859-2006

Fotocomposición e impresión: EFCA, S. A.
Parque Industrial «Las Monjas»
28850 Torrejón de Ardoz (Madrid)

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

Nota del traductor, por José Luis Rodríguez.....	IX
El <i>Frame Analysis</i> de Goffman, por Rom Harré.....	XIII
Erving Goffman y bibliografía sobre Goffman, por Blanca Lozano	XVII

NOTA DE AGRADECIMIENTO XX

1. INTRODUCCIÓN	1
2. MARCOS DE REFERENCIA PRIMARIOS	23
3. CLAVES Y CAMBIOS DE CLAVE.....	43
4. TRAMAS Y FABRICACIONES	89
5. EL MARCO TEATRAL.....	131
6. TEMAS ESTRUCTURALES EN LAS FABRICACIONES	162
7. ACTIVIDAD FUERA DEL MARCO	209
8. EL ANCLAJE DE LA ACTIVIDAD.....	257
9. PROBLEMAS FRECUENTES	313
10. RUPTURAS DEL MARCO.....	359
11. LA ELABORACIÓN DE LA EXPERIENCIA NEGATIVA	393
12. LA VULNERABILIDAD DE LA EXPERIENCIA.....	456
13. ANÁLISIS DEL MARCO CONVERSACIONAL	515
14. CONCLUSIONES.....	581
ÍNDICE ONOMÁSTICO	598
ÍNDICE TEMÁTICO.....	605

NOTA DEL TRADUCTOR

JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ

Hace ahora veinte años recibí el encargo de hacer la traducción de *Frame Analysis*, que por razones de política editorial no vio la luz, e intentos posteriores resultaron fallidos tras el fallecimiento de Goffman, al haber un problema entre los herederos sobre los derechos de autor de sus obras.

El CIS, hace unos meses, asumió el reto de la edición de esta obra y después de una serie de meses de nuevas negociaciones sobre los derechos de traducción por fin el público castellanoparlante va a poder disponer de la traducción de *Frame Analysis*.

El primer título que concebí fue el de *Los marcos de la experiencia*, pero sin embargo más adelante pude comprobar que en el manuscrito que contenía la traducción para la imprenta, aparecía otro título, *Análisis del marco social*, lo que me ha obligado a replantear el título. Es claro que para Goffman todos los marcos se originan en y a partir de la interacción social, así que, pese a los años transcurridos, al revisar la traducción me parece que el primer título describe mejor el contenido del libro. Sin embargo, lo he puesto como subtítulo y he mantenido como título el original inglés de *Frame Analysis*, pues es ya un clásico en el mundo de los psicólogos y microsociólogos (si es que hay alguna diferencia entre esos dos colectivos) seguidores de Goffman.

Alguien podrá preguntarse la utilidad del empeño de publicar esta traducción cuando han pasado más de treinta años desde su primera edición. Rom Harré, profesor Emérito de Oxford y Distinguido de Georgetown, en el prólogo nos contextualiza con la brevedad y concisión que le caracteriza la obra de Edwin Goffman, dando cuenta del alcance que tuvo en su época y de su relevancia actual, teniendo en consideración los trabajos de algunos de sus seguidores.

Desde mi punto de vista, una vez releído el libro y revisada la traducción, me parece que la obra de Goffman sigue fresca y actual, o incluso enfatizaría que posee una rabiosa actualidad.

Los conceptos empleados por él evidencian la necesidad del enfoque psicosociológico a la hora de analizar la interacción humana.

Los cambios de clave, las fabricaciones, las transformaciones y sus derivados, las refabricaciones y las retransformaciones, describen a las mil maravillas el mundo convulso del cambio de centuria; las rupturas de los marcos, los desencuadres, los errores y las ambigüedades o las disputas sobre los marcos nos permiten considerar los marcos no sólo como un mero mecanismo cognoscitivo sino que además nos permiten encuadrar la experiencia, una experiencia de origen y contenido esencialmente sociales.

Los marcos, como dice nuestro autor, no sólo organizan el significado sino que además organizan la participación, por lo tanto tienen que ver no sólo con el conocimiento sino también con la acción. La importancia del concepto ha sido tan grande que no hay manual hoy en día que al hablar de comunicación no cite a Goffman a la hora de hablar de los marcos, pese al uso restringido de su sentido cognitivo, como acabo de exponer.

La potencia de los conceptos diseñados por Goffman en *Frame Analysis* nos permite estudiar fenómenos de gran actualidad en la vida cotidiana y desde los más frívolos como el mundo de los «famosos», esos habitantes de las revistas y programas televisivos del corazón que viven de y cuentan las miserias de la gente «famosa», a los serios y de gran alcance como el terrorismo que azota a Europa en estos momentos o el engaño masivo de las armas químicas en posesión de Irak para desencadenar una guerra terrible de consecuencias todavía imprevisibles, que abusan de los cambios de clave y de las fabricaciones para convencer a través de los medios a una opinión pública anegada de una mezcla de contaminantes y degradantes del medio ambiente y social, tan peligrosa como la basura radioactiva.

Una parte importante de las citas que aporta Goffman en el *Frame Analysis* hace referencia a policías, detectives, espías y especialistas infiltrados que son capaces de asestar duros golpes a las células terroristas; pues bien, este mundo ha multiplicado sus efectivos de forma exponencial con una sofisticada tecnología que permite reencuadres desconocidos en la época de Goffman.

Goffman, de haber vivido en la actualidad, habría disfrutado de incluir en sus análisis las máquinas que hablan y dan instrucciones para echar gasolina o tomar un refresco, por poner sólo algunos ejemplos, los cajeros automáticos susceptibles de fabricaciones que hacen posible copiar el código de nuestras tarjetas de crédito para que algún

ratero pueda darnos un sablazo inmediatamente después, antes incluso de que podamos advertirlo. Sin olvidar la proliferación de anuncios a través del correo electrónico ofreciendo desde pastillas para mejorar la erección a los que ofrecen tesis doctorales emitidas por universidades desconocidas pero dotadas de una cierta «legitimidad», pasando por las ofertas de comercio sexual o los fármacos para luchar contra la depresión o la artrosis que inundan de basura las redes informáticas del mundo entero.

La aparición desmedida de magos, adivinos, los llamados mentalistas, los hipnotizadores, los espiritistas, los echadores de cartas que pueblan las televisiones ofreciendo a las audiencias televisivas alternativas a las religiones establecidas en decadencia tiene su tratamiento en la obra que presentamos.

La importancia de *Frame Analysis* radica en que concede relevancia a todo lo que queda fuera de los marcos que contienen la psicología y la sociología tradicionales, fuera también de las líneas habituales de la investigación en las ciencias sociales.

Es una buena noticia que por fin vea esta obra su publicación en castellano, cerca del año de los fastos del *Quijote* que Goffman no podía dejar de mencionar en *Frame Analysis*, como el lector podrá comprobar en un par de ocasiones. Las visiones, las ilusiones del héroe cervantino, las luchas contra los molinos como ejemplo de transposición a clave baja, su manera de experimentar el mundo son un claro y perfecto ejemplo de los conceptos que Goffman aborda en su obra.

He querido ser fiel en la traducción no sólo al espíritu sino a la literalidad de *Frame Analysis*, al estilo goffmaniano que usa frases largas y con largos circunloquios, neologismos que él crea, vocablos locales de uso exclusivo de la época en que la obra fue escrita, donde altera el orden lógico de la frase y donde el inglés toma el aspecto de una lengua mucho más compleja, casi al estilo del alemán, o al menos así me lo parece.

En ese trabajo, el de la primera traducción que es la base sobre la que he construido la actual, he de mencionar la supervisión y la inestimable ayuda de Magdalena Mora. Nos llevó muchos cafés y consultas diversas conseguir una traducción medianamente pulcra que por fin puede ponerse a disposición del público interesado.

Y por último, poner en evidencia, como no podía ser menos, que esta traducción tiene el sello goffmaniano hasta en su producción, pues la traducción que ahora aparece tiene, como recién señalé, una nueva

capa añadida a la primera traducción, se trata de una «retraducción», permítaseme el neologismo, aunque he de reconocer que esta capa, aun siendo transformadora, es ligera y afecta a una parte pequeña de la primera, como una pintura que tapa algunos desperfectos y desconchones que tenía la anterior visión.

La profesora Blanca Lozano del Departamento de Psicología Social de la UCM hace una breve semblanza de la vida de Goffman y sus obras, sobre todo para aquellos lectores jóvenes que se enfrentan con este apasionante autor por primera vez. Blanca ha hecho también el esfuerzo de elaborar una bibliografía que recoge algunas de las obras más relevantes y destacadas sobre la dramaturgia, el análisis institucional, la psicología de la vida cotidiana...

Espero que los lectores disfruten ahora leyendo esta obra en su traducción castellana y los alumnos y alumnas y el público general tengan un más fácil acceso al pensamiento de Goffman.

Madrid, julio de 2006

EL FRAME ANALYSIS DE GOFFMAN

ROM HARRÉ

Goffman creó un nuevo sistema de conceptos para cada uno de sus principales trabajos. Las intuiciones de *La presentación de la persona en la vida cotidiana* fueron logradas mediante la aplicación de un «modelo dramático», con los conceptos sacados de la escena. Así tenemos un análisis del espacio de los encuentros humanos en el «proscenio» y «entre bastidores». Más adelante, desarrolló el concepto de rol para sus propios fines, introduciendo conceptos tales como «tensión de rol» y «distancia del rol» en el análisis de cómo la gente desempeña sus tareas diarias. Estos grupos o patrones de conceptos estaban vinculados de varias maneras. Por ejemplo, no resulta difícil ver cómo la idea de representar un papel en la metáfora teatral es cercana a la idea de desempeñar un rol en un encuentro cotidiano.

El lenguaje pasó a ser el foco de gran parte del trabajo posterior de Goffman. En *Relaciones en público* hay análisis sobre cómo se mantiene la cortesía mediante rituales verbales. Las estrategias verbales aparecen en el ensayo «El trabajo de la cara», en el análisis de cómo se mantienen en el grupo los estándares de niveles apropiados de conducta. Los dos últimos trabajos de Goffman, *Forms of talk* y *Frame Analysis*, se centran de lleno en los usos del lenguaje durante la creación y el mantenimiento del orden social, pero a una escala muy pequeña. Por esta razón pueden ser interpretados como trabajos de microsociología, sociolingüística o psicología social. Goffman, a diferencia de las corrientes dominantes de la psicología social de la época, enfatizó la dinámica de los encuentros sociales. Al mismo tiempo se opuso a una psicología social donde la teoría subyacente suponía que la vida social consistía en las respuestas de una persona a los estímulos que otra le presentaba. En algún momento dijo «no son los hombres y sus circunstancias, sino las circunstancias y sus hombres».

¿Cómo una persona adquiere el derecho a tomar parte en un episodio social, por ejemplo en una conversación? Uno no puede llegar e interrumpir. Hay varias maneras, como Goffman vio, mediante las

que una persona consigue «meter un pie», es decir, logra una entrada, un lugar legítimo desde el que introducirse en las actividades conversacionales del grupo. Este enfoque ha sido desarrollado ampliamente a lo largo de estos años como la «Teoría del posicionamiento» (Harré y Van Langenhove, 1999). Goffman se resistió, o así lo parece, a reconocer los aspectos morales de «meter un pie», es decir, concebir el logro de una entrada en una pieza de acción social en términos de los derechos y obligaciones que recaen en alguien como miembro de un grupo social a pequeña escala. La «Teoría del posicionamiento» se ha desarrollado a partir de la intuición original de Goffman, añadiéndole la dimensión moral.

El método de Goffman destacó frente al acervo de los procedimientos usuales de la investigación sociológica, el cuestionario o la entrevista y el análisis estadístico de los resultados, lo que podría llamarse el «diseño extensivo». Las ciencias naturales raramente usan el diseño extensivo. Más bien hacen uso de ejemplos indicativos, como recomendó hace mucho Francis Bacon. Un ejemplo certero es más revelador de la verdadera naturaleza de cierta clase de fenómenos que una población amplia, donde sólo aparecen unas propiedades mermaidas. Goffman buscó detalle y profundidad a costa en apariencia del ámbito. Sin embargo, su método ciertamente proporcionó hallazgos generalizables. Cuando se ha leído *La presentación de la persona*, la vida cotidiana se nos presenta con innumerables y reveladores ejemplos del estilo dramático ilustrando la manera como los encuentros se desarrollan.

Goffman en *Frame Analysis* introdujo también otro repertorio de conceptos analíticos para entender los encuentros a pequeña escala. Un «marco» es aquello con lo que una persona da sentido a un encuentro y con lo que maneja una franja de vida (*strip of life*) emergente. Este concepto y los conceptos subsidiarios que Goffman introdujo como sus análisis ampliados han sido asumidos por la investigación sociológica, aunque en versiones que quizá no hubieran sido aprobadas por el propio Goffman. Por ejemplo, pueden encontrarse propuestas simplificadas y esquematizadas de los «marcos» para ser usadas, de forma más o menos mecánica, por los estudiantes universitarios en sus investigaciones, sin cultivar «el ojo clínico» tan característico de Goffman en sus estudios. Conceptos tales como la «ruptura del marco», que supone hablar y actuar de acuerdo con un repertorio diferente de conceptos rectores, «el cambio de clave» (*keying*), las pequeñas indicaciones que muestran un cambio de cla-

ve, por ejemplo de serio a irónico, han sido sometidas a un cierto maquillaje.

Sin embargo, la misma idea general ha sido propuesta bajo una diversidad de denominaciones en la última década. Algunos analistas han asumido los términos técnicos de Goffman y les han dado un nuevo giro. Por ejemplo, Deborah Tannen (1993) usa algunos de los conceptos de Goffman, y en particular los de «marco» y «meter un pie», en sus análisis de la estructura de la creación cotidiana del orden social. Otros han trabajado en líneas paralelas para llegar a resultados semejantes, como que la realización de la manera de desarrollarse los encuentros se vincula con repertorios a priori. La actual y popular «Teoría del posicionamiento» está basada sobre la idea de un orden moral local que constriñe la acción dentro de los límites de lo justo y lo adecuado. Y sobre todo, la poderosa investigación de Wittgenstein sobre los antecedentes que, a priori dan sentido al discurso de la vida diaria en el concepto de «bisagra» (Wittgenstein, 1972) corre paralela a la línea de *Frame Analysis*.

Hay además una intuición clave de Goffman de la que se han hecho eco, a menudo sin un reconocimiento explícito, muchos otros autores. En «¿Dónde están los marcos?», Shotter (1993), para usar a un autor destacado, ha argumentado a favor de la tesis de que los marcos y cosas semejantes están implícitos en las prácticas compartidas de una comunidad de coautores, donde ellos no están en absoluto representados de modo individual.

Dicho esto, el genio de Goffman sigue estando directa o indirectamente en el corazón de la revolución de la psicología social, una revolución que comenzó en los años setenta, pero que todavía ha de derrocar el neoconductismo rampante de la corriente dominante. El cambio de énfasis de los individuos a las comunidades donde se ubican los recursos cognitivos con los que manejan su vida de forma ordenada y el cambio correspondiente de un análisis estático a uno dinámico estaban ya prefigurados en el trabajo de Goffman desde el principio. Resulta excelente tener una edición en español de esta gran obra que espero que inspire a otros a unirse en el esfuerzo de hacer nuestras vidas inteligibles, pese a lo complejas que puedan parecer.

REFERENCIAS

- Harré, R. y Van Langenhove (1999), *Positioning Theory: Moral Contexts of Intentional Action*, Oxford, Blackwell.
- Shotter, J. (1993), *Conversational Realities*, Londres y Thousand Oaks, CA, Sage.
- Tannen, D. (ed.) (1993), *Framing in Discourse*, Nueva York, Oxford University Press.
- Wittgenstein, L. (1972), *On Certainty*, G. E. M. Anscombe y G. H. von Wright (eds.), Oxford, Blackwell.

ERVING GOFFMAN Y BIBLIOGRAFÍA SOBRE GOFFMAN

BLANCA LOZANO

Erving Goffman nació en Manville (Alberta, Canadá) en 1922. Diplomado en 1945 por la Universidad de Toronto y licenciado en Sociología por la de Chicago en 1949, se doctoró en esta última en 1953. Desde 1949 hasta 1951 realizó como miembro del Departamento de Antropología de la Universidad de Edimburgo, investigaciones de ese carácter en las islas Shetland. De 1954 a 1957 trabajó en el Laboratorio de Estudios Socioambientales del National Institute of Mental Health, dirigiendo una investigación de un año de observación y participación en el St. Elizabeth's Hospital en Washington. En 1958 entró a formar parte del Departamento de Sociología de la Universidad de California en Berkeley, en cuyo seno llegó a ser profesor de Sociología en 1962. Desde 1968 enseñó en el Departamento de Antropología y Sociología en la Universidad de Pennsylvania donde fue Benjamin Franklin Professor. En 1981 fue elegido presidente de la American Sociological Association.

Goffman, creador del modelo teórico conocido como «Dramaturgia Social», ha sido considerado el miembro más fecundo y original de la postescuela de Chicago. Entre 1951 y 1981, publicó 11 libros:

- 1959 *Presentation of Self in Everyday Life*, Nueva York: Anchor Books, MacIver Award, American Sociological Association (trad. esp. *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu, 1971).
- 1961 *Encounters*. Indianapolis, Ind.: Bobbs-Merrill, Inc.
- 1961 *Asylums*, Nueva York: Anchor Books (trad. esp. *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, Buenos Aires, Amorrortu, 1971).
- 1963 *Behavior in Public Places*, Nueva York: The Free Press.
- 1964 *Stigma*, Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, Inc. (trad. esp. *Estigma*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970).
- 1967 *Interaccion Ritual*, Nueva York: Anchor Books (trad. esp. *Ritual de la Interacción*, Buenos Aires, Tiempo contemporáneo, 1970).
- 1969 *Strategic Interaction*, Filadelfia: University of Pennsylvania Press.
- 1971 *Relations in Public*, Nueva York, Basic Books (trad. esp. *Relaciones en público*, Alianza, Madrid, 1979).
- 1974 *Frame Analysis*, Nueva York: Harper and Row.
- 1979 *Gender Advertisements*, Nueva York: Harper and Row. (George Orwell Award) (trad. esp. «La ritualización de la feminidad», en Winkin, Y. (1991), *Los momentos y sus hombres*, Barcelona, Paidós).
- 1981 *Forms of Talk*, Filadelfia: University of Pennsylvania Press.

We Bombed in New Haven, de Joseph Heller, 1967. Reproducido con autorización de Alfred A. Knopf, Inc., y Candida Donadio y Associates, Inc.

En este libro se hacen diversas referencias a otros libros que he escrito, para los que se utilizan las siguientes abreviaturas:

- B. P. *Behavior in Public Places: Notes on the Social Organization of Gatherings* (Glencoe, Illinois, The Free Press of Glencoe, 1963).
 E. *Encounters: Two Studies in the Sociology of Interaction* (Indianápolis: The Bobbs-Merrill Company, 1961).
 I. R. *Interaction Ritual: Essays on Face-to-Face Behavior* (Garden City, Nueva York: Doubleday and Company, Anchor Books, 1967). (Existe traducción en castellano, Ed. Tiempo Contemporáneo).
 R. P. *Relations in Public: Microstudies of the Public Order* (Nueva York: Basic Books, 1971; Harper and Row, Publishers, Harper Colophon Books, 1972). (Existe traducción en castellano, Alianza Editorial).
 S. *Stigmas: Notes on the Management of Spoiled Identity* (Englewood, Cliffs, Nueva Jersey: Prentice-Hall, 1964). (Existe traducción en castellano, Amorrortu Editores.)
 S. I. *Strategic Interaction* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 1969; Nueva York: Ballantine Books, 1972).

1. INTRODUCCIÓN

Existe una venerable tradición en la filosofía que afirma que lo que el lector presume como real es sólo una sombra, mientras que si se presta atención a lo que el escritor dice sobre la percepción, el pensamiento, el cerebro, el lenguaje, la cultura, una nueva metodología o las nuevas fuerzas sociales, en ese caso puede descorrerse el velo. Esta corriente ciertamente concede el papel más importante que quepa imaginar tanto al escritor como a sus escritos y por esa razón resulta patética. (¿Acaso hay algo más vendible en un libro que su proclama de cambiar lo que el lector piensa que está sucediendo?) Un ejemplo actual de esa tradición se puede encontrar en ciertas doctrinas de la psicología social y en la formulación de W. I. Thomas: «Cuando los hombres definen las situaciones como reales, son reales en sus consecuencias». Este enunciado, aunque literalmente parezca cierto, es falso. Definir las situaciones como reales ciertamente tiene consecuencias, pero éstas pueden afectar sólo de manera muy marginal a los acontecimientos en curso; en algunos casos un simple y ligero desconcierto sobrevuela la escena como expresión de una moderada inquietud acerca de quienes intentaron definir la situación erróneamente. El mundo no es sólo un escenario; tampoco el teatro lo es del todo. (Tanto si hay que organizar un teatro como una fábrica de aviones se necesitan espacios para aparcar los coches y guardar los abrigo, espacios que sería preferible que fueran reales y además estuvieran dotados de seguro antirrobo.) Presumiblemente, hay que buscar casi siempre una «definición de la situación», pero por lo general aquellos que intervienen en esa situación no *crean* la definición, aun cuando a menudo se pueda decir que sus sociedades sí lo hacen; normalmente, todo lo que hacen es establecer correctamente lo que debería ser la situación para ellos y actuar después en consecuencia. Es cierto que nosotros negociamos personalmente aspectos de todos los órdenes en los que vivimos, pero, una vez que se han negociado, a menudo continuamos mecánicamente como si la cuestión estuviera resuelta desde siempre. Igualmente también hay ocasiones en que debemos esperar a que las cosas casi hayan pasado

antes de descubrir lo que ha estado ocurriendo y ocasiones en nuestra propia actividad donde podemos posponer considerablemente la decisión de manifestar lo que hemos estado haciendo. Es cierto, sin embargo, que éstos no son los únicos principios de organización. La vida social es lo bastante incierta y lo bastante grotesca como para no tener que desear llevarla más al terreno de la irrealidad.

Así pues, dentro de los límites de la mala reputación que tiene el análisis de la realidad social, este libro presenta otro análisis de la realidad social. Intento seguir una tradición establecida por William James en su famoso capítulo «The Perception of Reality»¹, que se publicó por primera vez como artículo en *Mind* en 1869. En vez de preguntarse qué cosa era la realidad, James dio a la cuestión un giro fenomenológico subversivo, subrayando la siguiente pregunta: ¿En qué circunstancias pensamos que las cosas son reales? Lo importante de la realidad, según él, es nuestra sensación de su ser real, en contraste con nuestro sentimiento de que algunas cosas carecen de esa cualidad. Alguien, pues, se puede preguntar en qué condiciones se genera ese sentimiento, cuestión que se centra en un problema pequeño y manejable que tiene que ver con la cámara y no con lo que la cámara está retratando.

James, en su respuesta, subrayó los factores de la atención selectiva, el compromiso íntimo y la no contradicción con lo que ha sido conocido de otra manera. Y lo que es más importante: hizo una tentativa para diferenciar los diversos y diferentes «mundos» que nuestra atención y nuestro interés pueden hacer reales para nosotros, los posibles subuniversos, los «órdenes de existencia» (para emplear la frase de Aron Gurwitsch), donde cada objeto de una clase determinada puede tener su entidad propia: el mundo de los sentidos, el mundo de los objetos científicos, el mundo de las verdades filosóficas abstractas, los mundos de los mitos y las creencias sobrenaturales, el mundo de los locos, etc. Cada uno de estos submundos, según James, posee «su estilo especial y separado de existencia»² y «cada mundo, en cuanto que se le presta atención, es real a su modo: sólo la realidad se desvanece con la atención»³. Entonces, después de adoptar esta posición radical, James se echó atrás: concedió un estatus especial al mundo de los

¹ William James, *Principles of Psychology*, vol. 2 (Nueva York, Dover Publications, 1950), cap. 21, pp. 283-284. Aquí, como en el resto de la obra, las cursivas en los materiales que se citan aparecen como en el original.

² *Ibid.*, p. 291.

³ *Ibid.*, p. 293.

sentidos, siendo el que nosotros juzgamos que es la realidad más real, el que mantiene nuestra creencia más viva, aquel ante el que deben ceder el paso los otros mundos⁴. James en todo esto estaba de acuerdo con Brentano, el maestro de Husserl, y sugería, como llegó a hacer la fenomenología, la necesidad de distinguir entre el contenido de una percepción actual y el *estatus* de realidad que damos a lo que se encierra o queda entre corchetes [*bracketed*]*, dentro de la percepción⁵.

El recurso crucial de James fue, desde luego, un juego bastante escandaloso con la palabra *mundo* (o *realidad*). Lo que él quería significar no era *el* mundo, sino el mundo actual de una determinada persona, y de hecho ni aun eso, como argumentaremos. No había ninguna buena razón para usar palabras tan pretenciosas. James abrió una puerta y dejó entrar a la vez la luz y el viento.

En 1945, Alfred Schutz retomó de nuevo el tema de James en un trabajo titulado «On Multiple Realities»⁶. Su argumento seguía al de

⁴ El interés de James por el problema de la diversidad-de-mundos no era efímero. En su obra *Varieties of Religious Experience* (Nueva York, Longmans, Green and Co., 1902) afrontó la misma cuestión, a través de otra vía.

* Hemos traducido *bracket* por *corchete*. En inglés, la palabra *bracket* significa tanto *corchete* como *paréntesis*, aunque también existe *parenthesis* para la palabra castellana *paréntesis*. Goffman, a lo largo del texto, utiliza *bracket* generalmente, salvo en unos pocos casos donde utiliza el término *parenthesis*. Nos hemos inclinado por el término *corchete*, pues si bien es mucha la influencia de la fenomenología de Husserl en Goffman —lo que aconsejaría la adopción de *paréntesis*—, no es menos la influencia de la lingüística, donde es más frecuente el uso del corchete. La adopción del término *corchete* ha originado algunas incoherencias tipográficas en el texto, pero hemos preferido dar prioridad al pensamiento del autor; que utiliza indistintamente dos términos que en castellano son bien diferenciados (*N. del T.*).

⁵ «Pero ¿quién no ve que en una proposición no creída o dudosa, interrogativa o condicional, las ideas se combinan de forma idéntica a como lo hacen en una proposición sólidamente creída?» (James, *Principles of Psychology*, 2, p. 286). Aron Gurwitsch en su obra *The Field of Consciousness* (Pittsburg, Duquesne University Press, 1964) hace un comentario similar al tratar de Husserl:

Mencionamos entre tales caracteres aquellos relativos a los modos de presentación, como cuando una cosa es, en un momento, percibida, en otro, recordada o meramente imaginada, o cuando un determinado estado de cosas (el tema idéntico de una proposición) se afirma o se niega, se pone en duda, se cuestiona o se considera probable [p. 327].

⁶ Primeramente apareció en *Philosophy and Phenomenological Research*, V (1945), pp. 533-576; se reimprimió en *Collected Papers*, 3 vols. (La Haya, Martinus Nijhoff, 1962, I, pp. 207-259). Una versión posterior es: «The Stratification of the Life-World», en Alfred Schutz y Thomas Luckmann, *The Structures of the Life-World*, traducido por Richard M. Zaner y H. Tristram Engelhardt, Jr. (Evanston, Illinois, Northwestern University Press, 1973), pp. 21-98. Un influente tratamiento de las ideas de Schutz se

James de un modo sorprendentemente cercano, pero prestaba más atención a la posibilidad de descubrir las condiciones que deben cumplirse para generar un ámbito de «realidad», un «área limitada dotada de sentido», en cuanto opuesta a otra. Schutz añadía la noción, interesante, aunque no del todo convincente, de que nosotros experimentamos una clase especial de *shock* cuando saltamos repentinamente desde un «mundo», digamos el de los sueños, a otro, como el del teatro:

Hay tantas y tan innumerables clases de experiencias diferentes de *shock* como diferentes áreas limitadas dotadas de sentido a las que puedo conferir el acento de realidad. Algunos ejemplos son: el *shock* de quedarse dormido, como el salto al mundo de los sueños; la transformación interior que sufrimos cuando se levanta el telón en el teatro, como la transición al mundo de la escena; el cambio radical de actitud si, ante un cuadro, limitamos nuestro campo visual a aquello que está dentro del marco, como el paso al mundo pictórico; nuestra perplejidad, que se disuelve en risa, cuando, al escuchar un chiste, estamos dispuestos durante un breve lapso de tiempo a aceptar el mundo ficticio de la broma como una realidad con relación a la cual el mundo de nuestra vida cotidiana adopta el carácter de necesidad; el movimiento del niño hacia su juguete, como la transición al mundo del juego; y así sucesivamente. Pero también las experiencias religiosas en todas sus variedades, por ejemplo, la experiencia kierkegaardiana del «instante», como el salto a la esfera religiosa, son ejemplos de *shock*, así como la decisión del científico de sustituir toda su apasionada participación en los asuntos de «este mundo» por una actitud contemplativa desinteresada⁷.

Y pese a que, al igual que James, Schutz consideraba que un ámbito, «el mundo en funcionamiento», tenía un estatus preferencial, aparentemente fue más reservado que James sobre su carácter objetivo:

Hablamos de áreas *dotadas de sentido* y no de subuniversos porque lo que constituye la realidad es el sentido de nuestra experiencia y no la estructura ontológica de los objetos⁸.

encuentra en la obra de Peter L. Berger y Thomas Luckmann, *The Social Construction of Reality* (Garden City, N. Y. Doubleday & Company, Anchor Books, 1966). (Existe traducción en castellano, Ed. Amorrortu.)

⁷ Schutz, *Collected Papers*, 1, p. 231. (Existe la traducción al castellano de las obras de Schutz en Ed. Amorrortu.)

⁸ *Ibid.*, p. 230. Véase también el trabajo de Alfred Schutz titulado *Reflections on the Problem of Relevance*, editado por Richard M. Zaner (New Haven, Conn., Yale University Press, 1970), p. 125. En los temas relativos a Schutz estoy en deuda con Richard Grathoff.

atribuyendo su prioridad a nosotros mismos y no al mundo:

Porque encontraremos que el mundo de la vida cotidiana, el mundo del sentido común, tiene una posición privilegiada entre las distintas áreas de la realidad, ya que sólo dentro de él resulta posible la comunicación con nuestros semejantes. Pero el mundo del sentido común es desde su origen un mundo sociocultural y las muy diversas cuestiones relacionadas con la intersubjetividad de las relaciones simbólicas que se originan dentro de él están determinadas por él y encuentran su solución en él⁹,

y al hecho de que nuestro cuerpos participan siempre en el mundo cotidiano, cualquiera que sea nuestro interés en ese momento. Esta participación implica una capacidad de afectar al mundo cotidiano y de ser afectado por él¹⁰. Así pues, en vez de hablar de un subuniverso que se genera de acuerdo con ciertos principios estructurales, se habla de que éste tiene un cierto «estilo cognoscitivo».

El trabajo de Schutz (y su obra en general) fue puesto de relieve entre los sociólogos etnográficos por Harold Garfinkel, quien amplió el argumento acerca de la múltiple realidad al seguir buscando (al menos en sus primeros trabajos) las reglas que, cuando se observan, nos permiten generar un «mundo» de una especie determinada. Es de esperar que una máquina diseñada según las especificaciones adecuadas pudiera hacer funcionar la realidad de nuestra elección. El atractivo conceptual que esto tiene resulta obvio. Un juego como el del ajedrez genera un universo habitable para aquellos que pueden jugarlo, un plano de ser, un reparto de papeles con un número aparentemente ilimitado de situaciones y actos diferentes, para realizar a través de ellos sus naturalezas y destinos. Sin embargo, gran parte de esto es reducible a un pequeño conjunto de reglas y prácticas interdependientes. Si la plenitud de sentido de la actividad cotidiana depende, de modo semejante, de un conjunto cerrado y limitado de reglas, entonces su explicación proporcionaría un poderoso medio para analizar la vida social. Por ejemplo, alguien podría entonces ver (siguiendo a Garfinkel) que la importancia de ciertos actos desviados reside en que socavan la inteligibilidad de todo lo demás que pudiéramos pensar que estaba ocurriendo a nuestro alrededor, incluyendo todos los actos posteriores, generando, por lo tanto, un desorden difuso. El descubrimiento

⁹ De «Symbol, Reality and Society», en Alfred Schutz, *Collected Papers*, 1, p. 294.

¹⁰ *Ibid.*, p. 342.

de las reglas constitutivas que informan el comportamiento cotidiano sería como conseguir la alquimia del sociólogo —la transmutación de cualquier parcela de la actividad social corriente en una publicación iluminadora—. Se podría añadir que aunque James y Schutz resultan convincentes cuando argumentan que algo como el «mundo» de los sueños se organiza de modo diferente al mundo de la experiencia cotidiana, no resultan nada convincentes a la hora de proporcionar una explicación acerca de cuántos «mundos» diferentes hay y de si la vida cotidiana, cuando se está plenamente despierto, puede considerarse realmente producida según reglas por un solo plano del ser, en el supuesto de que se las considere efectivamente. Tampoco han tenido mucho acierto al describir las reglas constitutivas de la actividad cotidiana¹¹. Uno se enfrenta al desconcertante hecho metodológico de que la proclamación de las reglas constitutivas parece una partida de final abierto que un número cualquiera de personas puede jugar permanentemente. Los jugadores normalmente aportan cinco o diez reglas (como yo), pero no hay base para pensar que otros no puedan enumerar mil presupuestos adicionales. Además, estos estudiosos olvidan clarificar que su preocupación más frecuente no es la sensación que el individuo tiene de lo que es real, sino más bien aquello por lo que se siente atrapado, absorbido o entusiasmado; y esto puede ser

¹¹ Los diversos pronunciamientos de Schutz parecen haber hipnotizado a algunos estudiosos al tratarlos más como definitivos que como sugerentes. Su versión del «estilo cognitivo» de la vida cotidiana reza como sigue:

1. una tensión específica de conciencia, es decir, un amplio estado de vigilia que se origina por una plena atención a la vida;
2. una *epoché* específica, es decir, la suspensión de la duda;
3. una forma prevalente de espontaneidad, es decir, un trabajo (una espontaneidad plena de sentido basada en un proyecto y caracterizada por la intención de llevar a cabo el proyectado estado de cosas mediante movimientos corporales engranados en el mundo exterior);
4. una forma específica de experimentar el sí mismo propio (el sí mismo que actúa como un sí mismo total);
5. una forma específica de socialidad (el mundo común intersubjetivo de la comunicación y la acción social);
6. una perspectiva temporal específica (el tiempo estándar que se origina en una interacción entre la *durée* [duración] y el tiempo cósmico como estructura temporal universal del mundo intersubjetivo).

Éstos son cuando menos algunos de los rasgos del estilo cognoscitivo pertenecientes a esta área particular dotada de sentido. En la medida en que nuestras experiencias de este mundo —tanto las válidas como las invalidadas— comparten este estilo, podemos considerar a esta área dotada de sentido como real, podemos poner sobre ella el acento de realidad [*ibid.*, pp. 230-231].

algo que él pueda pretender que está sucediendo realmente a la vez que pretende que no es real. Lo que nos queda es, pues, la semejanza estructural entre la vida cotidiana —olvidando por un momento la posibilidad de que no sea posible encontrar un catálogo satisfactorio de lo incluíble en él— y los diversos «mundos» del hacer creer, pero no hay manera de conocer cómo podría modificar esta relación nuestra visión de la vida cotidiana.

El interés en la línea de pensamiento de James y Schutz ha sido reactivado recientemente por personas cuyo estímulo inicial procedía de fuentes no muy relacionadas históricamente con la tradición fenomenológica: la obra de aquellos que crearon lo que se ha dado en llamar «el teatro del absurdo», que se muestra en toda su plenitud en los dramas analíticos de Luigi Pirandello. El muy útil trabajo de Gregory Bateson «A Theory of Play and Phantasy»¹², que plantea directamente la cuestión de la seriedad y la falta de seriedad, permitiéndonos ver cuán sorprendente es la experiencia, de tal modo que una parcela de actividad seria puede ser utilizada como modelo para montar versiones carentes de seriedad sobre la misma actividad y que, en ocasiones, puede que no sepamos si lo que está ocurriendo es la realidad misma o una representación. (Bateson introdujo su propia versión utilizable de la noción de poner entre corchetes [*bracketing*] y también el argumento de que los individuos pueden introducir intencionalmente una confusión en el marco de aquellos con los que están tratando; es en el artículo de Bateson donde se propone el término *marco* [*frame*] en un sentido aproximado al que yo quiero utilizar)¹³. La obra de John Austin, quien, siguiendo a Wittgenstein¹⁴, sugirió de nuevo que lo que nosotros queremos decir con «sucediendo realmente» es algo complicado, y que, aunque un individuo pueda soñar cosas irreales, es apro-

¹² *Psychiatric Research Reports*, 2, American Psychiatric Association (diciembre de 1955), pp. 39-51. Se ha reproducido en su obra *Steps to an Ecology of Mind* (Nueva York, Ballantine Books, 1972), pp. 177-193. Es útil la exégesis de William F. Fry, Jr., *Sweet Madness: A Study of Humor* (Palo Alto, California, Pacific Books, 1968). (Traducción castellana de Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1976.)

¹³ Edward T. Cone, en el primer capítulo de su libro *Musical Form and Musical Performance* (Nueva York, W. W. Norton & Company, 1968), utiliza de forma bastante explícita el término *marco* de forma muy parecida a como lo hace Bateson y sugiere algunas líneas iguales de investigación, pero pienso que lo hace con gran independencia.

¹⁴ Véase, por ejemplo, las *Philosophical Investigations* de Ludwig Wittgenstein, traducidas al inglés por G. E. M. Anscombe (Oxford, Basil Blackwell, 1958), parte 2, sec. 7.

piado decir de él que en esa ocasión está realmente soñando¹⁵. (También me inspiró en el trabajo de un especialista en Austin, D. S. Schwayder, y en su excelente libro, *The Stratification of Behavior*)¹⁶. Los esfuerzos de aquellos que estudian el fraude, el engaño, la falsa identificación y otros efectos «ópticos» (o al menos publican acerca de ellos) y el trabajo de aquellos que estudian la «interacción estratégica», incluyendo la forma en que la ocultación y la revelación pesan sobre las definiciones de la situación. El útil trabajo de Barney Glaser y Anselm Strauss, «Awareness Contexts and Social Interaction»¹⁷. Por último, el reciente esfuerzo de las disciplinas de orientación lingüística al emplear la noción de «código» como recurso que informa y configura todos los acontecimientos que caen dentro de los límites de su aplicación.

He utilizado ampliamente todas estas fuentes, reclamando para mí únicamente el mérito de haberlas reunido. Mi perspectiva es situacional, lo cual significa una preocupación por aquello que puede ser vital para un individuo en un momento determinado, y esto a menudo implica a algunos otros individuos particulares, sin que haya que limitarse necesariamente a la palestra mutuamente controlada de los encuentros cara a cara. Doy por supuesto que cuando los individuos asisten a una situación actual se enfrentan con la pregunta: «¿Qué es lo que está pasando aquí?». Ya se pregunte explícitamente, en tiempos de confusión y duda, ya tácitamente, en momentos de certidumbre habitual, la pregunta se hace, y la respuesta a ella se presume por la forma en que los individuos proceden entonces a tratar los asuntos que tienen ante sí. Por tanto, al empezar por esta pregunta, este libro intenta describir un marco de referencia al que se podría apelar en la búsqueda de la respuesta.

Permítaseme decir en seguida que la pregunta «¿Qué es lo que está pasando aquí?» es bastante sospechosa. Cualquier acontecimiento puede ser descrito en términos de un enfoque que incluye un espectro más amplio o más reducido —puesto que la cuestión está relacionada, pero no es idéntica—, basado en un enfoque en primer plano o distante. Y no existe ninguna teoría sobre cuáles habrán de ser la distancia y el nivel empleados. Para empezar, se me debe permitir proce-

¹⁵ Véase, por ejemplo, el capítulo 7 de su libro *Sense and Sensibilia* (Oxford, Oxford University Press, 1962).

¹⁶ Londres, Routledge & Kegan Paul, 1965.

¹⁷ *American Sociological Review*, XXIX (1964), pp. 669-679.

der a elegir mi distancia y mi nivel arbitrariamente, sin necesidad de una justificación especial¹⁸.

Algo similar sucede en relación con la perspectiva. Cuando los roles que participan en una actividad están diferenciados —circunstancia muy frecuente— probablemente la visión que tiene una persona de lo que está pasando es bastante diferente a la de otra. Se da el caso de que lo que para el jugador de golf es juego, para el cadí es trabajo. Intereses diferentes generarán, en frase de Schutz, relevancias motivacionales diferentes. (Además, la variabilidad se complica en este caso por el hecho de que aquellos que aportan perspectivas diferentes para los «mismos» acontecimientos, es probable que empleen distancias y niveles de enfoque diferentes.) Es cierto que, en muchos casos, algunos de los que adoptan puntos de vista y enfoques divergentes pueden estar dispuestos a reconocer que el suyo no es el oficial o el «real». En el golf, los cadís, al igual que los instructores, trabajan, pero ambos estiman que su tarea es especial, puesto que tiene que ver con un servicio a las personas dedicadas a jugar. En cualquier caso, inicialmente daré por supuesto otra vez el derecho a elegir mi punto de vista, mis relevancias motivacionales, limitando esta elección de perspectiva únicamente por otra que los participantes reconocieran fácilmente como válida.

Más aún, es obvio que en la mayoría de las «situaciones» acontecen muchas cosas diferentes de modo simultáneo —cosas que es probable que hayan empezado en momentos diferentes y terminen de manera asincrónica¹⁹—. Preguntar «¿Qué es lo que está pasando aquí?» sesga las cuestiones en la dirección de una exposición unitaria y de la sencillez. También se me debe permitir temporalmente este sesgo.

Así pues, hablar de una situación «actual» (al igual que hablar de lo que está pasando «aquí») implica permitir tanto al lector como al autor que mantengan cómodamente la impresión de que saben con claridad lo que están pensando y que están de acuerdo en ello. La cantidad de tiempo que cubre «actual» (al igual que la cantidad de espacio que cubre «aquí») obviamente puede variar mucho de una ocasión a

¹⁸ Véase el tratamiento de Emanuel A. Schegloff, «Notes on a Conversational Practice: Formulating Place», en David Sudnow (ed.), *Studies in Social Interaction* (Nueva York, The Free Press, 1972), pp. 75-119. Existe una crítica muy difundida del rol como un concepto que presenta el mismo argumento.

¹⁹ Está descrito con gran esmero por Roger G. Barker y Herbert F. Wright en *Midwest and Its Children* (Evanston, Ill., Row Peterson & Company, 1964), cap. 7. «Dividing the Behavior Stream», pp. 225-273.

la siguiente y de un participante a otro; y el hecho de que los participantes parezcan no tener dificultad en llegar rápidamente a un mismo y aparente entendimiento sobre este tema no niega importancia intelectual a nuestro intento de descubrir en qué consiste ese consenso aparente y cómo se establece. Hablar de algo que acontece a la vista de los observadores es situarse en un terreno más firme que el usual en las ciencias sociales; no obstante, el terreno sigue siendo movedizo, y todavía sigue en pie la cuestión crucial de cómo se ha logrado un acuerdo aparente en lo concerniente a la identidad del «algo» y lo que incluye el «a la vista».

Finalmente, resulta claro que la caracterización retrospectiva del «mismo» acontecimiento o de la «misma» ocasión social puede diferir ampliamente, ya que el rol de un individuo en una tarea puede proporcionarle un juicio valorativo distinto según sea el tipo de tarea en particular. En este sentido se ha alegado, por ejemplo, que los hinchas de los equipos contendientes en un partido de fútbol no experimentan el «mismo» partido²⁰, y que aquello que hace que el partido sea bueno para un participante que le da mucha importancia es lo que lo hace malo para el participante que le da poca.

Todo lo cual sugiere que uno debería sentirse incómodo por la facilidad con que se presume que puede identificarse y referir terminológicamente sin problema a los participantes en una actividad. Porque en verdad una pareja «besándose» puede ser también un «hombre» que saluda a su «esposa» o «Juan» que se muestra cuidadoso con el maquillaje de «María».

Sólo quiero decir que, pese a que estas cuestiones son muy importantes, no son las únicas, y que no requieren necesariamente que se las trate antes de proseguir. Por lo tanto, en este caso yo también las dejaré dormir hasta más adelante.

Mi objetivo es intentar aislar algunos de los marcos de referencia disponibles en nuestra sociedad que son básicos para la comprensión y la explicación del sentido de los acontecimientos, así como analizar los riesgos especiales a que están sujetos esos marcos de referencia. Comenzaré con el hecho de que, desde el punto de vista particular de un individuo, en tanto que es posible que una cosa pueda aparecer momentáneamente como lo que realmente está pasando, de hecho lo

²⁰ Presentado quizá con excesivo énfasis en un conocido y temprano artículo de Albert H. Hastorf y Hadley Cantril, «The Saw a Game: A Case Study», en *Journal of Abnormal and Social Psychology*, XLIX (1954), pp. 129-234.

que acontece en realidad es simplemente un chiste, un sueño, un accidente, un error, un malentendido, un engaño, una representación teatral, etc. Y se dirigirá la atención hacia aquello que sentimos que está pasando que lo hace tan vulnerable como para necesitar de varias relecturas.

Se ofrecen en primer lugar los términos elementales requeridos por el tema a tratar. Mi tratamiento de estos términos iniciales es abstracto, y temo que las formulaciones aportadas resulten ciertamente toscas para los cánones de la filosofía moderna. El lector debe conceder inicialmente el beneficio de la duda a fin de que ambos podamos adentrarnos en temas que (siento) son menos sospechosos.

El término *franja* [*strip*] se usará para referirse a cualquier corte o banda arbitraria de la corriente de actividad en curso, incluyendo en este caso las secuencias de acontecimientos, reales o imaginarios, tal como son vistos desde la perspectiva de aquellos subjetivamente implicados en mantener algún interés en ellos. No hay que entender la franja como reflejo de una división natural hecha por los sujetos de la investigación o como una división analítica elaborada por los estudiosos que investigan; se usará sólo para referirse a cualquier conjunto amplio de sucesos (cualquiera que sea su estatus en la realidad) sobre los que uno quiere llamar la atención como punto de partida para el análisis.

Y se hará desde luego un amplio uso del término *marco* de Bateson. Doy por supuesto que las definiciones de una situación se elaboran de acuerdo con los principios de organización que gobiernan los acontecimientos —al menos los sociales— y nuestra participación subjetiva en ellos; *marco* es la palabra que uso para referirme a esos elementos básicos que soy capaz de identificar. Ésta es mi definición de marco. Mi expresión *análisis del marco* es un eslogan para referirme, en esos términos, al examen de la organización de la experiencia.

Normalmente, para tratar cuestiones convencionales, resulta práctico desarrollar los conceptos y los temas en una cierta secuencia lógica: nada de lo que viene antes depende de algo que vendrá después y es de esperar que los términos desarrollados en un momento determinado se usen realmente para algo que aparece más tarde. A menudo, la queja del escritor es que la presentación lineal constriñe lo que es, en realidad, una cuestión circular, que requiere idealmente la introducción simultánea de los términos, y la queja del lector suele ser que los conceptos definidos de manera muy elaborada no son de gran utilidad pasado el momento en que se hizo mucho ruido acerca de su

sentido. En los análisis de marcos la presentación lineal no supone una gran dificultad. Ni tampoco la definición de los términos que no se usarán después. El problema, de hecho, es que una vez introducido un término (lo que ocurre en el momento en que se necesita por primera vez), comienza a tener excesivo peso, no sólo al aplicarlo a lo que viene detrás, sino también al volver a aplicar en cada capítulo aquello que ya se ha aplicado. Así pues, cada sección sucesiva del estudio se hace más farragosa, hasta que apenas puede darse un paso por no poder desembarazarse de todo lo que se va arrastrando. El proceso es muy parecido al de las horribles canciones de estribillo, como si —en el caso del análisis del marco— lo que el viejo MacDonald tuviera en la granja fueran perdices y enebros.

Las discusiones sobre el marco conducen inevitablemente a cuestiones referentes al estado de la discusión como tal, porque en este caso los términos que se aplican a lo analizado deberían aplicarse también al análisis. Parto del supuesto de sentido común según el cual el lenguaje ordinario y las prácticas de escritura ordinaria son lo suficientemente flexibles como para permitir expresar cualquier cosa que uno quiera expresar²¹. En este caso adopto la posición de Carnap:

Las oraciones, las definiciones y las reglas sintácticas de una lengua tienen que ver con las formas de esa lengua. Pero, ahora bien, ¿cómo han de ser esas oraciones, esas definiciones y esas reglas para estar correctamente expresadas? ¿Es necesaria una especie de supralenguaje para ese fin? ¿Y un tercer lenguaje para explicar la sintaxis de ese supralenguaje, y así hasta el infinito? ¿O es posible formular la sintaxis de una lengua dentro de la propia lengua? El miedo obvio surgirá en este último caso, debido a que podrían hacer su aparición ciertas definiciones reflexivas, contradicciones de naturaleza aparentemente similar a las de aquellas que son familiares tanto para la teoría de Cantor de los agregados transfinitos como para la lógica prerrusselliana. Pero más tarde veremos que es posible, sin ningún peligro de que surjan contradicciones o antinomias, expresar la sintaxis de una lengua en esa misma lengua, con una amplitud condicionada por la riqueza de los medios de expresión de la lengua en cuestión²².

Por lo tanto, aunque uno tome como propia la tarea de examinar el uso que se hace en las humanidades y en las ciencias menos sólidas

²¹ *Wovon man nicht sprechen kann, ist nicht der Satz, «Wovon man nicht sprechen kann, darüber muss man schweigen»*

²² Rudolf Carnap, *The Logical Syntax of Language*, traducido por Amethe Smeaton (Londres, Kegan Paul, Trench, Trubner and Co., 1937), p. 3

de «ejemplos», «ilustraciones» y «casos en cuestión», y cuyo objeto es descubrir las teorías populares de la evidencia que subyacen al hecho de acudir a estos recursos, todavía nos encontraríamos con que probablemente habría que usar ejemplos e ilustraciones, sin tener por qué viciar totalmente el análisis.

Al volver sobre el tema de la reflexividad y al argumentar que el lenguaje ordinario es un recurso adecuado para discutirlo, no quiero decir que estas cuestiones lingüísticas peculiares deban excluir todas las preocupaciones restantes. Una autoconciencia metodológica plena, inmediata y persistente margina todo estudio y análisis excepto el del problema reflexivo en cuanto tal, desplazando, por lo tanto, campos de investigación en vez de aportar contribuciones a ellos. Así pues, utilizaré con profusión las comillas para sugerir un sentido especial de la palabra señalada de ese modo, sin preocuparme sistemáticamente del hecho de que este recurso se utilice rutinariamente de muy variadas y diferentes maneras²³, de que éstas parecen incidir mucho sobre la cuestión del marco ni de que debo asumir que el contexto de uso conducirá automáticamente a mis lectores y a mí a tener un mismo entendimiento, aunque ni ellos ni yo podemos ser capaces de explicar más la cuestión. Procederé de igual modo con las precauciones y la pauta que los filósofos del lenguaje ordinario nos han dado. Se que el término crucial *real* puede haber sido *wittgensteinizado* permanentemente, en un difuminado de usos ligeramente diferentes, pero procederé basándome en la presunción de que la cautela puede llevarnos gradualmente a un entendimiento de los temas básicos que informan la diversidad, una diversidad que la propia cautela establece inicial-

²³ T. A. Richards, por ejemplo, ofrece una versión en su libro *How to Read a Page* (Nueva York, W. W. Norton and Company, 1942):

Todos reconocemos —de un modo más o menos sistemático— que las comillas sirven para diferentes propósitos:

1. Hay veces en que solamente muestran que estamos citando, así como dónde empieza y acaba nuestra cita.
2. A veces implican que la palabra o palabras que incluyen son en cierta medida cuestionables y sólo se han de considerar en un sentido especial con referencia a cierta definición especial.
3. Otras veces sugieren que lo citado no tiene sentido o que realmente no existe aquello que pretenden denominar.
4. Algunas veces sugieren que las palabras están usadas impropriamente. Las comillas equivalen a «lo así llamado».
5. Otras veces sólo indican que hablamos de las palabras en cuanto que distinguiéndolas de sus significados. «Is» v «at» son más cortas que «above». «Chien» significa lo mismo que «dog», etc.

Hay muchos otros usos [p. 66].

mente, y que lo que se da por supuesto en lo concerniente al sentido de esta palabra puede hacerse así sin riesgo, hasta que sea conveniente atender a lo que se ha estado haciendo.

Una advertencia más. Hay muchas y buenas razones para dudar de la clase de análisis que se va a presentar. Yo mismo lo haría si no fuera el mío. Es demasiado libresco, demasiado general, está demasiado apartado del trabajo de campo como para tener una buena oportunidad de ser otra cosa que un bosquejo mentalista más. Y, como se podrá advertir a lo largo de la obra, hay ciertas cosas que no se pueden tratar adecuadamente con los argumentos que se dan. (Acuña una serie de términos —algunos «básicos»; pero muchos escritores lo han estado haciendo durante años sin gran provecho.) Sin embargo, algunas de las cosas de este mundo parecen urgir el tipo de análisis que yo intento hacer aquí, y es fuerte la compulsión para intentar diseñar un marco de referencia que desarrolle esta tarea, aun cuando esto significa que que otras tareas se hagan de mala manera.

Otra renuncia. Este libro trata sobre la organización de la experiencia —algo que un actor individual puede asumir mentalmente— pero no trata de la organización de la sociedad. De ninguna manera pretendo hablar acerca de los temas nucleares de la sociología —la organización social y la estructura social—. Estos temas han sido y pueden seguir siendo bien estudiados sin referencia alguna al marco. No me ocupo de la estructura de la vida social, sino de la estructura de la experiencia que los individuos tienen en cualquier momento de sus vidas sociales. Personalmente mantengo que en cualquier caso la sociedad es lo primero en todos los aspectos y que las preocupaciones actuales de cualquier individuo ocupan un segundo lugar: este informe trata sólo de temas secundarios. Este libro tiene fallos más que suficientes en las áreas que pretende tratar; no hay necesidad de buscar limitaciones respecto a aquello que no pretende cubrir. Desde luego, puede aducirse que centrarse en la naturaleza de la experiencia personal —con las implicaciones que esto puede tener para dar una consideración igualmente seria a todas las cuestiones que podrían interesar momentáneamente al individuo— es en sí mismo un punto de vista con marcadas implicaciones políticas, y que éstas son conservadoras. El análisis desarrollado aquí no capta las diferencias entre las clases favorecidas y las desfavorecidas y se puede decir que distrae la atención de estos temas. Pienso que es verdad. Tan sólo puedo sugerir que aquel que combate la falsa conciencia y despierta a la gente a sus verdaderos intereses tiene una gran labor porque el sueño es muy profun-

do. Yo no intento aquí arrullar sino meramente asomarme a hurtadillas y observar cómo ronca la gente.

Por último, una nota sobre los materiales utilizados. En primer lugar, se da el hecho de que trato de nuevo en este libro sobre cosas que ya he tratado en otros —otro envite al análisis del fraude, el engaño, el timo, los espectáculos de varias clases y cosas parecidas—. Hay muchas notas a pie de página a lo ya escrito y mucha repetición de otras cosas que he escrito²⁴. Estoy intentando ordenar mi pensamiento sobre esos temas, con la pretensión de construir un enunciado general. Ésa es la excusa.

En segundo lugar, a lo largo de todo el libro se utilizan ampliamente anécdotas tomadas de la prensa y de libros populares del género biográfico²⁵. Difícilmente podría haber datos con menos valor a simple vista. Es obvio que los acontecimientos pasajeros típicos o representativos no son noticiables, precisamente por esa razón; sólo los extraordinarios lo son, e incluso éstos están sujetos a la violencia editorial rutinariamente empleada por escritores amables. Nuestra comprensión del mundo precede a estos relatos, decidiendo cuáles seleccionarán los periodistas y cómo se contarán los seleccionados. Las historias de interés humano son una caricatura de lo evidente en el grado auténtico de su interés, proporcionando una unidad, una coherencia, una mordacidad, una autoconsumación y un dramatismo sólo toscamente sostenidos, si es que lo son de alguna manera, por el vivir cotidiano. Cada una de ellas es una combinación de un *experimentum crucis* y de una caseta de feria. Ésa es su gracia. El diseño de estos acontecimientos relatados responde plenamente a nuestras demandas, que no lo son de hechos, sino de tipificaciones. Su relato demuestra la capacidad de nuestra comprensión convencional para abordar el estafalario potencial de la vida social, su mayor alcance de experiencia. Así pues, lo que parece una amenaza para nuestra manera de dar sentido al mundo resulta ser una defensa de aquél ingeniosamente seleccionada. Lanzamos estas historias al aire para evitar que el mundo

²⁴ Tan es así que uso abreviaturas de mis fuentes, cuya lista se puede encontrar en la página XX.

²⁵ Roland Barthes ofrece un análisis de las historias «de relleno» [*fillers*] que se publican incidentalmente, junto con una muestra de licencia literaria, en «Structure of *Fait-Divers*», incluido en su libro *Critical Essays*, traducido al inglés por Richard Howard (Evanston, Ill., Northwestern University Press, 1972), pp. 185-195. (Existe traducción al castellano, en Siglo XXI.)

nos perturbe. En general, no presento, por lo tanto, estas anécdotas como evidencia o prueba, sino como cuadros clarificadores, como marcos imaginativos que logran, a través de los cientos de libertades que se toman sus narradores, celebrar nuestras creencias sobre el funcionamiento del mundo. Así pues, lo que me gustaría obtener de estas narraciones es aquello que se depositó en ellas.

Estos datos muestran otra insuficiencia. Los he entresacado a lo largo de los años, a la buena de Dios, usando principios de selección misteriosos para mí mismo que, además, han cambiado de un año a otro y que no podría recuperar aunque quisiera. También en este caso hay involucrada una caricatura del muestreo sistemático.

Además de los recortes periodísticos como fuente de material, me apoyo en otra fuente tan cuestionable como la primera. Puesto que este estudio intenta tratar sobre la organización de la experiencia como tal, ya sea «actual» o de otras clases, recurriré a lo siguiente: tiras cómicas, tebeos, novelas, películas y, en especial, la escena propiamente dicha. En este caso, participo en los mismos horrores de sesgo que los ya mostrados en la selección de fragmentos de noticias de interés humano. Tiendo a servirme de materiales que los escritores de otras tradiciones usan, ya sea en la crítica literaria y teatral de la llamada «alta» cultural actual, ya en la clase de periodismo sociológico que intenta interpretar desde los cambios en superficie de la experiencia vicaria, comercialmente disponible, hasta la naturaleza de nuestra sociedad en general. En consecuencia, muchas de las cosas que he de decir sobre estos materiales ya habrán sido dichas muchas veces, y mejor, por escritores de moda. La excusa para lanzarme descaradamente a este territorio ya ocupado es que tengo un interés especial, un interés que no reconoce diferencias de valor entre una buena y una mala novela, una obra de teatro moderna y otra antigua, entre un tebeo y una ópera. Todas estas cosas son igualmente útiles para explicar el carácter de las franjas de la actividad experimentada. Acabo citando obras famosas reconocidas como susceptibles de establecer criterios de validez, y otras obras menores que circulaban en el momento de la redacción de este libro, pero no porque piense que los ejemplos de esos géneros posean un especial valor cultural ni un refrendo acreditado. Los críticos y comentaristas citan a los clásicos de un género al tratar las obras actuales para explicar lo que hay en ellas —si es que lo hay— de importante y artísticamente valioso. Me sirvo torpemente de los mismos materiales, así como de las críticas sobre éstos, simplemente porque están a mano. Estos materiales ciertamente los tiene a mano

cualquiera, proporcionándonos algo del fondo común de una experiencia común, algo que los escritores pueden presumir que los lectores conocen.

* * *

Ésta es la introducción. El hecho de escribirla permite al autor intentar establecer los términos de aquello sobre lo que va a escribir. Las explicaciones, excusas y disculpas diseñadas para reenmarcar lo que sigue a ellas, diseñadas para trazar una línea divisoria entre las deficiencias existentes entre lo que el autor escribe y sus propias deficiencias, sirven para dejarle —así lo espera— un poco mejor defendido de lo que lo estaría en otro caso²⁶. Este tipo de trabajo ritual ciertamente

²⁶ Existe un útil artículo de Jacob Brackman, titulado «The Put-On» [«El camellos»] (*The New Yorker*, 24 de junio de 1967, pp. 34-73). En su introducción de 12 páginas a la edición de bolsillo, el autor describe:

Poner al día. Si la «puesta al día» de este ensayo significara sustituir chistes e intérpretes ya desaparecidos por otros más actuales y añadir un apéndice sobre la aparición de «chocolaterías»²⁷ camelísticas, concursos televisivos camelísticos y boutiques de Sears camelísticas; de ciertos editores cacareando: «Ésta es la novela que le hará preguntarse: ¿Me estará dando gato por liebre el autor?»; y de miles de anuncios centelleantes que parecerían decir: «Ya sé que usted sabe que estoy intentando venderle algo; pero hagámonos los tontos sobre el producto». Si «pusiese al día» siguiendo estas directrices, y si añadiese breves comentarios sobre la boda de Tiiv Tim, las películas de Paul Morrissey, la muerte de Paul McCartney, entonces este escrito empezaría a oler a inauténtico [...].

Creo que una pieza como ésta debe dejarse que se mantenga así —no necesariamente en su sintaxis, sino dentro de los límites de su conciencia original—, como un fragmento de historia cultural. Puede haber sido válida para un presente preciso, en cuestión de meses o de días. ¿Quién irá a alegar ahora que el tiempo sea tan breve? Una vez que la versión ha sido devorada, deglutida e incorporada, a menos que haya quedado congelada en algún lugar, su importancia —cuando han ocurrido ya ciertas cosas, cuando se han revelado ya ciertas cosas— ha pasado para siempre. Todo lo que nos queda son relatos «puestos al día», grotescamente estrados, degradados y refrescados, como cuando las querellas sobre lo que se llevaban en cortes de pelo se hacen aparecer como el furor de una década. Si hubiese de escribir esta pieza hoy (lo que, en verdad, sería imposible), apenas habría algo que quedase igual hoy (lo que, en verdad, sería imposible), apenas habría algo que quedase igual. Entre las cosas del mundo real sobre las que puede intentarse escribir, es posible que la sensibilidad sea la más resbaladiza. Si ahora no puedo escribir una pieza nueva, ¿cómo voy a poder volver atrás y ponerme a retocar la vieja? [*The Put-On* (Nueva York, Bantam Books, 1972), pp. 10-11].

²⁷ Referencia al mundo de las drogas (*N. del T.*).

Brackman afirma además que los elementos actuales de interés cultural pasan de moda muy rápidamente y por completo y, en consecuencia, también pasan de moda velozmente los escritos que se refieren a esos elementos. Sugiere además que la gracia de tales escritos es traer a la conciencia aquello no apreciado muy conscientemente, y hacerlo por primera vez, y que cualquier reelaboración o reedición olerá a rancio. Pienso que todo esto tiene una cierta dosis de verdad y que describe correctamente

puede desconectar a un peatón apresurado de la pequeña molestia que pudiera ocasionarle a un extraño que pasara a su lado. Justamente del mismo modo, tales esfuerzos son optimistas cuando su propósito es refundir cómo ha de ser considerado un libro largo. (Y más optimistas todavía en el caso del prólogo a una segunda edición, edición prologada ya a su vez, lo que constituye un intento de refundir lo ya refundido.)

* * *

Pero ¿qué decir sobre los comentarios a los prólogos? ¿Dónde acaba para el escritor y el lector (o para el hablante y su audiencia) un tema comenzado en un cierto momento? ¿Acaso ese tipo de comentario choca con la inclinación del lector a descartar o criticar el prólogo como actividad? ¿Y si resultara que el prólogo estaba escrito con mala fe, confeccionado desde el principio para ejemplificar este uso, qué llegará a hacerse de él? ¿Reenmarcará, por tanto, el lector retrospectivamente el prólogo como algo que en realidad no es un prólogo sino una ilustración inadecuadamente introducida de algún prólogo? ¿O si se admite la mala fe de manera no convincente, dejando abierta la posibilidad de que el descubrimiento sea una ocurrencia tardía? ¿Qué sucede entonces?

* * *

Pero ¿acaso el último comentario me excusa en alguna medida de haber sido pueril y obvio al hacer un comentario sobre los prólogos, como cuando en un libro dedicado a analizar chistes se le excusa al autor que los chistes sean malos pero no que sea malo el análisis que se hace de ellos? (El novelista que hoy en día introduce el estilo directo en el cuerpo de su obra —«Querido lector, si has llegado hasta

la contingencia de esa clase de temas, siendo inevitable que surja un elemento no enunciado de interés para el lector, a partir del interés actual del tema en cuestión. Este elemento decaerá bastante rápidamente, dejando al escritor en la situación de haber escrito algo que ya no se puede leer con interés. De hecho, todos los analistas de chistes se han enfrentado a este problema, puesto que la versión actual de un chiste básico sobre el que escriben hoy parecerá muy desfasada mañana. Pero ya que Brackman se ciñó a la reimpresión, su introducción hace la labor de encuadre que las introducciones pueden hacer para separar al productor de su producto, aduciendo en su caso que la pieza en cuestión era una expresión de su sensibilidad *entonces*, pero no ahora.

aquí, sabrás que odio a ese personaje...»— no acierta a cambiar fácilmente la posición que le hemos atribuido. Pero ¿qué pasa si escribe que le gustaría acertar con ese artilugio pero sabe que no le dejaremos?)

* * *

Y ¿qué decir de las discusiones acerca de ser pueril y obvio? Pienso que una palabra incorrectamente deletreada puede ser utilizada con éxito por quien la deletreó mal como ilustración de deletreo incorrecto y analizada como tal. Pero ¿puede un escritor fingir en sus escritos para después proclamar efectivamente que lo ha hecho para ofrecer una ilustración de mal gusto y falta de sofisticación? ¿Sería necesario que lo mostrase y, en ese caso, cómo haría ver que lo dicho no era una mera treta urdida a posteriori para sacar el mayor partido posible de algo que no podía evitar que resultara una cosa mala?

* * *

¿Y si en las primeras páginas, después del agradecimiento a los colegas que me ayudaron, hubiera dicho: «Richard C. Jeffrey, por otra parte, no me ayudó»? ¿Y si hubiera hecho aquí (en estas últimas páginas) la sugerencia de que el objetivo era gastar una pequeña broma y de pasada hacer tomar conciencia de una coacción implícita sobre los escritos de agradecimiento? En este caso podría considerarse ese objetivo como de mala fe, bien como un esfuerzo *post hoc* para protegerme por haber pretendido ser ingenioso, bien como la admisión de haber cogido al lector en la trampa de aceptar una estratagema, es decir, un enunciado cuya razón para incluirlo después se mostraría que no había sido clara. Pero ¿qué sucede, como de hecho es el caso, cuando todo el asunto va incluido como una pregunta dentro de una selección de la introducción que trata de una consideración acerca de las introducciones y, por lo tanto, no ha de tomarse como si poseyera el carácter inicial de una introducción simple y directa?

Y después de todo esto ¿puedo hacer comprender que de hecho Richard C. Jeffrey no me ayudó? ¿Lo hace esta última frase? Y si es así ¿se debería haber usado un condicional como en «Y después de todo esto, podría hacer comprender que..., etc.»? ¿Entonces, qué? Y ¿po-

dría este último comentario transformar un aserto en una ilustración y nuevamente poner en duda la cuestión de Richard C. Jeffrey?

* * *

Y si el prólogo y los comentarios sobre el prólogo y los comentarios sobre los comentarios al prólogo se cuestionan. ¿qué sucede con los asteriscos que dividen y separan las diversas secciones en que esto se distribuye? Y si la ortografía siguiera intacta, ¿socavaría esta última pregunta los recursos de enmarque, incluyendo aquellos que encorchetan esta frase con la anterior?

* * *

Y si yo hubiera dicho antes: «¿Qué pasa con los asteriscos que dividen y separan...?»; ¿sería éste un uso adecuado de los caracteres de imprenta y se podría formular con facilidad una regla? Dadas las relevancias motivacionales de los ortógrafos, un libro sobre ortografía puede utilizar adecuadamente un conjunto de caracteres de imprenta para ilustrar la tipografía, desdeñando decir algo con su significado. De modo semejante, un libro de geografía puede adecuadamente pasar del texto a los mapas. Pero cuando un autor policiaco hace que su héroe encuentre un mensaje cifrado en un trozo de papel arrugado y muestra la pista al lector insertando aquél en el centro de la página como si fuera un mapa en un libro de geografía, de modo que el lector vea las arrugas y el mensaje, ¿qué cambio ha pedido el escritor al lector que haga para pasar a un marco que no es de ficción; y tenía suficiente derecho a pedírselo? Resulta muy ingenioso el que un antropólogo, al describir el papel de la metáfora (con especial referencia a fuentes animales), escriba: «Desde luego, uno siempre siente un poco de vergüenza al introducir el concepto de metáfora en las ciencias sociales y quizá sucede así porque piensa que siempre hay algo impreciso y confuso en ello»²⁷. De modo semejante, si yo intento ser evasivo en los prólogos, ¿es esto diferente acaso de escribir sobre los trucos empleados en los prólogos (que no tienen por qué ser necesariamente realizados al comienzo del estudio)? ¿No es la diferencia entre hacer y escribir sobre el hacer? Y al considerar todos estos temas, ¿puedo ba-

²⁷ James W. Fernández, «Persuasions and Performances: Of the Beast in Every Body... And the Metaphors of Everyman», en *Daedalus*, invierno de 1972, p. 41.

sarme adecuadamente en mi propio texto («Y si yo hubiera dicho antes: “¿Qué pasa con los asteriscos que dividen y separan...”»; sería éste...?») como ilustración? Y en esta última frase ¿no ha desaparecido toda duda acerca del derecho a usar efectivamente asteriscos, puesto que, después de todo, un uso dudoso citado como ejemplo de uso dudoso deja de ser algo que es dudoso para imprimirlo?

* * *

Y si deseara comentar la frase anterior a la última, la que contiene una frase entrecomillada y entre paréntesis, que de hecho cuestiona los asteriscos, ¿podría efectivamente citar *esa* frase, es decir, emplear los signos de puntuación aparentemente requeridos y, no obstante, permitir al lector una comprensión fácil de lo que se ha estado diciendo acerca de ello? ¿Se habría llegado al límite de hacer cosas en letra impresa?

* * *

De esto trata *Frame Analysis*.

2. MARCOS DE REFERENCIA PRIMARIOS

I

Cuando un individuo en nuestra sociedad occidental reconoce un determinado acontecimiento, haga lo que haga, tiende a involucrar en esta respuesta (y de hecho a usar) uno o más marcos de referencia o esquemas interpretativos de un tipo que podemos llamar primario. Digo primario porque la aplicación de ese marco de referencia o perspectiva, por aquellos que lo aplican, se considera que no depende de —ni remite a— ninguna otra interpretación anterior u «original»; un marco de referencia primario es aquel que se considera que convierte en algo que tiene sentido lo que de otra manera sería un aspecto sin sentido de la escena.

Los marcos de referencia primarios varían en el grado de organización. Algunos son claramente presentables como un sistema de entidades, postulados y reglas; otros —la mayoría— parecen no tener una forma articulada visible, aportando sólo una tradición de comprensión, un enfoque, una perspectiva. Sin embargo, cualquiera que sea su grado de organización, todo marco de referencia primario permite a su usuario situar, percibir, identificar y etiquetar un número aparentemente infinito de sucesos concretos definidos en sus términos. Probablemente él no sea consciente de los rasgos organizados que tiene el marco de referencia, ni sea capaz de describir, con todo detalle, si se le pregunta, el marco de referencia, pero estos obstáculos no le impiden aplicarlo fácilmente y por entero.

En la vida cotidiana, en nuestra sociedad, se percibe —si es que no se efectúa— una distinción tolerablemente clara entre dos amplias clases de marcos de referencia primarios: los naturales y los sociales. Los marcos de referencia naturales identifican los sucesos que se consideran como no dirigidos, orientados, animados ni guiados, los «puramente físicos». Tales acontecimientos no guiados son aquellos que se entienden como totalmente debidos, de principio a fin, a determinantes «naturales». Se considera que no hay ninguna

agencia que se interfiera deliberada, causal ni intencionalmente, que ningún actor dirige continuamente el resultado. No cabe imaginar, respecto a estos acontecimientos, el éxito o el fracaso; no hay involucradas sanciones negativas ni positivas. Prevalecen el determinismo y la determinación más completos. Existe cierto entendimiento de que los acontecimientos percibidos con este tipo de esquema pueden ser traducidos reductivamente a otros percibidos en un marco más «fundamental» y que ciertas premisas, tales como la noción de la conservación de la energía o la de un tiempo único, irreversible, serán compartidas por todo el mundo. Por supuesto, en las ciencias físicas y biológicas¹ se encuentran versiones elegantes de estos marcos de referencia naturales. Un ejemplo corriente de ellos sería el estado del tiempo, tal como se ofrece en un parte meteorológico.

Por otra parte, los marcos de referencia sociales proporcionan una base de entendimiento de los acontecimientos que incorporan la voluntad, el objetivo y el esfuerzo de control de una inteligencia, de una agencia viva —siendo el ser humano la más importante de ellas—. Esa agencia lo es todo menos implacable, y puede ser engatusada, adulada, insultada y amenazada. Lo que hace puede describirse como «haceres guiados» [*guided doings*]. Estos actos someten a quienes los realizan a «criterios», a la valoración social de la acción basada en su honestidad, eficiencia, economía, seguridad, elegancia, tacto, buen gusto, etc. Se mantiene un tratamiento seriado de la secuencialidad, es decir, un control corrector continuado, que se hace más visible cuando la acción es inesperadamente bloqueada o desviada, requiriéndose un esfuerzo compensatorio especial. Intervienen el motivo y la intención y su imputación ayuda a seleccionar el marco de referencia (de entre los varios existentes) que se aplicará para la comprensión. Un ejemplo de hacer guiado sería el pronóstico

¹ Edward Shils, en un sugerente trabajo sobre los aspectos sociopolíticos del orden moral, «Charisma, Order and Status», en *American Sociological Review*, XXX (1965), pp. 199-213, afirma:

Los descubrimientos fundamentales de la ciencia moderna en cosmología, astronomía, medicina, neurología, geología y genética son importantes como revelaciones del orden básico del cosmos. El orden científico, al igual que el orden desvelado por la teología, tiene sus imperativos. Tener «relaciones regulares» con las verdades de la ciencia, hacer cosas a la «manera científica», tener una «actitud científica» son respuestas a los imperativos del orden desvelado por la investigación científica, en la misma medida en que el santo temor de Dios es una respuesta a los imperativos del orden religioso desvelado por la teología [p. 203].

del tiempo en un noticiario. Así pues, se trata de hechos y no de meros acontecimientos. (Sostenemos ciertas distinciones básicas y perceptibles dentro de la esfera social, como la que se da entre el propósito humano y el animal, pero de esto hablaremos más después.) Utilizamos el mismo término, *causalidad*, para referirnos al efecto ciego de la naturaleza y al efecto pretendido del hombre, considerando al primero como una cadena infinitamente prolongada de efectos causales y causantes, y al segundo como algo que en cierta medida comienza con una decisión mental².

En nuestra sociedad, pensamos que los agentes inteligentes poseen la capacidad de integrarse en el curso del mundo natural y de explotar su determinabilidad, siempre que se respete el patrón natural. Se piensa, además, que, con la posible excepción de la fantasía o el pensamiento puros, cualquier cosa que un agente pretende hacer estará continuamente condicionada por los imperativos naturales y que el acto efectivo requerirá la explotación —y no el olvido— de esta condición. Incluso cuando dos personas juegan a las damas, teniendo el tablero en la cabeza, aun en ese caso tendrán que transmitir información relativa a las jugadas, requiriendo este intercambio una competencia física, un uso deliberado de la voz en el habla o de la mano en la escritura. El supuesto es, pues, que aunque los acontecimientos naturales ocurren sin una intervención inteligente, los actos inteligentes no pueden realizarse de manera efectiva sin intervenir en el orden natural. Así pues, cualquier fragmento de acción socialmente guiada puede ser analizada, en parte, conforme a un esquema natural.

Parece, pues, que los haceres guiados permiten dos tipos de comprensión. Uno —más o menos común a todos los actos— tiene que ver con la manipulación patente del mundo natural de acuerdo con las limitaciones especiales que los sucesos naturales imponen. El otro tipo de comprensión tiene que ver con mundos especiales en los que puede llegar a participar el actor y que, desde luego, varían considerablemente. Así, en las damas, cada jugador utiliza como guía dos bases radicalmente diferentes: una perteneciente a cuestio-

² Los refinamientos proporcionados de manera no intencionada por los filósofos expresan la oscuridad de nuestras ideas en este punto. Véanse, por ejemplo: Arthur C. Danto, «What We Can Do», en *Journal of Philosophy*, LX (1963), pp. 435-445; «Basic Actions», en *American Philosophical Quarterly*, II (1965), pp. 141-148; Donald Davidson, «Agency», en Robert Binkley y otros (eds.), *Agent, Action and Reason* (Toronto, University of Toronto Press, 1971), pp. 3-25.

nes de orden físico —el manejo físico del vehículo, no del signo—; la otra hace referencia al auténtico mundo social de las posiciones opuestas que la partida ha generado, ya que una jugada puede hacerse igualmente bien a través de la voz, el gesto, o por correspondencia, o mediante el cambio físico de una ficha con el puño, con cualquier combinación de los dedos, o con el codo derecho. El comportamiento ante el tablero puede fácilmente separarse en jugadas y movimiento de fichas. Y se puede establecer una distinción fácil entre una jugada torpe, por considerar erróneamente las posiciones estratégicas de los dos jugadores, y una jugada hecha con torpeza, mal ejecutada según los baremos sociales locales para la realización de actos físicos. Obsérvese que pese a que un adulto mediante un dispositivo protésico recientemente adquirido pudiera jugar a las damas con plena atención a la tarea física requerida, los jugadores normales no lo hacen así. Las decisiones respecto a qué jugada hacer son problemáticas y significativas; una vez que la decisión está tomada y se mueve la ficha, ya no es ninguna de las dos cosas. Por otra parte, hay haceres guiados como arreglar el fregadero o limpiar una acera en los que se dedica un esfuerzo sostenido y consciente a la manipulación del mundo físico, adoptando la actuación como tal la identidad de un «procedimiento instrumental», de una tarea, de una actividad «puramente utilitaria», un acto cuyo propósito no puede fácilmente separarse de los medios físicos empleados para llevarlo a cabo.

Todos los marcos de referencia sociales comportan reglas, pero de manera diferente. Por ejemplo, la jugada de un jugador de damas está informada por las reglas del juego, que en su mayoría se aplicarán en cualquier jugada completa de la partida; la manipulación física de un jugador, por otra parte, supone un marco de referencia que da forma a los pequeños movimientos corporales, y este marco de referencia, si es que resulta posible hablar de un marco de referencia, bien podría manifestarse sólo parcialmente durante la partida. Del mismo modo, aunque las reglas del juego de las damas y las regulaciones del tráfico de vehículos puedan estar (y estén) suficientemente explicadas dentro de los límites de un pequeño manual, existe una diferencia: el juego de las damas incorpora una comprensión del propósito que gobierna a los participantes, mientras que el código de la circulación no establece dónde hemos de viajar o por qué querríamos hacerlo, sino meramente las restricciones que hemos de observar para llegar a un determinado lugar.

En suma, tendemos, pues, a percibir los acontecimientos en términos de marcos de referencia primarios, y el tipo de marco de referen-

cia que empleamos proporciona una manera de describir el acontecimiento a que se aplica. La salida del sol es un acontecimiento natural; bajar la persiana para impedir que entre el sol, un hacer guiado. Cuando un forense pregunta por la *causa* de la muerte, quiere una respuesta enunciada conforme al esquema natural de la fisiología; cuando pregunta por el *modo* como ocurrió la muerte, quiere una respuesta dramáticamente social, que describa lo que muy posiblemente forma parte de un propósito³.

La idea de un marco de referencia primario es, pues, el primer concepto que necesitamos: desearía que fuera más satisfactorio. Por ejemplo, se da el hecho embarazoso de que es probable que, durante cualquier momento de la actividad, un individuo aplique varios marcos de referencia. («Esperamos hasta que dejó de llover para comenzar de nuevo el partido».) Es cierto que, a veces, hay un determinado marco de referencia que es el más relevante y que ofrece una primera respuesta a la pregunta: «¿Qué es lo que está pasando aquí?». La respuesta es: un acontecimiento o un suceso descrito dentro de algún marco de referencia primario. Entonces puede uno empezar a preocuparse por cuestiones microanalíticas acerca de lo que se quiere decir con «nosotros», «lo» y «aquí», y acerca de cómo se logra el consenso implicado.

Al llegar a este punto, es necesario hacer otra consideración. Cuando pueden identificarse unos ejes *x* e *y* como marco de referencia para identificar dentro de él un punto determinado o se imagina un tablero

³ Marshall Houts, *Where Death Delights* (Nueva York, Coward-McCann, 1967), pp. 135-136. Guy E. Swanson, «On Explanations of Social Interaction», en *Sociometry*, XXVIII (1965), presenta el mismo argumento y advierte que esta observación por sí misma no nos lleva lo bastante lejos.

Comprendemos o explicamos un acontecimiento empírico mostrando que es un ejemplo, un aspecto, una fase, una consecuencia o una causa de otros acontecimientos. La conceptualización es la formulación simbólica de tales relaciones. En la traducción, se ofrece más de una conceptualización para un acontecimiento dado. Así pues, el ondear de la mano podría ser conceptualizado en términos físicos como una descarga de energía, en términos biológicos como un proceso neuromuscular, en términos psicológicos como un síntoma de ansiedad y en términos sociales como un gesto de saludo.

El peligro especial para nuestro propósito es que esa traducción, la múltiple conceptualización de un acontecimiento, se convierte en un sustituto para la identificación de los pasos mediante los que los acontecimientos de cierto orden, es decir, la interacción comportamental, se convierten en acontecimientos de otro orden, esto es, la interacción social. Mostrar que el ondear de la mano se puede considerar fructíferamente como un síntoma de ansiedad y como un saludo no nos dice nada acerca de cómo llegó a ser una u otra cosa o de cómo se puede convertir sólo en una cosa y no en la otra. La traducción es una cuestión de *clasificación múltiple*. Lo que requerimos son *implicaciones* interrelacionadas [p. 110].

de damas como una matriz dentro de la cual se ubica una jugada, la noción de marco de referencia primario es suficientemente clara, aun cuando en este caso se plantee la cuestión de la dependencia de un marco de referencia particular para nuestra comprensión de los marcos de este tipo. Cuando uno observa algún acontecer corriente de la vida cotidiana, pongamos por caso un saludo al pasar o la pregunta de un cliente acerca del precio de un artículo, la identificación del marco de referencia primario es, como ya se ha sugerido, bastante más problemática. Efectivamente, es en esto donde los autores que se sitúan en la tradición que yo utilizo han fracasado. Hablar aquí de la «vida cotidiana» o, como Schutz hace, del «mundo de las realidades prácticas plenamente conscientes» es sencillamente disparar a ciegas. Como ya he dicho, es posible que haya involucrados multitud de marcos o que quizá no haya ninguno. Sin embargo, para seguir adelante, puede aceptarse, al menos temporalmente, una ficción operativa, a saber, que los actos de la vida cotidiana son comprensibles sobre la base de algún marco (o marcos) de referencia primarios que los informan, y que lograr ese esquema no será una tarea trivial o —esperémoslo— imposible.

Hasta ahora, al describir los marcos de referencia primarios me he limitado a aquellos que el individuo da por supuestos (explícitamente o de hecho) al decidir qué es lo que está pasando, teniendo desde luego en cuenta sus intereses particulares. Es cierto que el individuo puede «errar» en sus interpretaciones, es decir, estar descaminado, desconectado, ser inapropiado, etc. Las interpretaciones «erróneas» serán tomadas en consideración en todo momento. Aquí sólo quiero mencionar la creencia de que en muchos casos el individuo de nuestra sociedad es eficaz en su uso de determinados marcos de referencia. Los elementos y procesos que presupone en su lectura de la actividad, a menudo, son aquellos que la actividad misma manifiesta —y por qué no, si la propia vida social está a menudo organizada de modo que los individuos sean capaces de entenderla y de manejarla—. Así se afirma una correspondencia o un isomorfismo entre la percepción y la organización de lo percibido, a pesar del hecho de que existen probablemente muchos principios válidos de organización que podrían informar la percepción, pero no lo hacen. Y al igual que otros que, en nuestra sociedad, piensan que esta afirmación es efectiva, yo también lo pienso⁴.

⁴ Algunos especialistas considerarán, desde luego, que la creencia que expreso aquí es innecesaria y está fuera de lugar y que uno se debería limitar a analizar las con-

II

Considerados en su conjunto, los marcos de referencia primarios de un determinado grupo social constituyen un elemento central de su cultura, especialmente en la medida en que emerge una comprensión relativa a los principales tipos de esquemas, a las relaciones de estos tipos entre sí y a la suma total de fuerzas y agentes que estos diseños interpretativos reconocen que se hallan sueltos en el mundo. Debemos intentar formarnos una imagen del marco o de los marcos de referencia de un grupo —su sistema de creencias, su «cosmología»—, aun cuando éste sea un ámbito que los fieles estudiosos de la vida social contemporánea se han complacido en dejar a otros. Y adviértase que a lo largo de un territorio como el de Estados Unidos, estos recursos cognitivos no se comparten totalmente. Personas por lo demás bastante semejantes en sus creencias pueden, sin embargo, diferir respecto a algunos supuestos, tales como la existencia de la clarividencia, la intervención divina, y cosas por el estilo⁵. (La creencia en Dios y en

cepciones del sujeto sin entrar en la cuestión de su validez, excepto cuando esta cuestión se trata simplemente como algo que hay que examinar etnográficamente. Además se confunde el tema de estudio con los medios para su estudio. Tal posición introduce un conocido problema, la exigencia de que los lectores eximan a las generalizaciones del escritor del trato que éste propugna para todos los demás. (Creo que se debería liberar a los escritores de esta exigencia, ya que a menudo logran iluminar los temas gracias a esa tolerancia.) Y lo que es más importante, se puede alegar que aunque todas las respuestas interpretativas deban tratarse como tema de estudio, sucede que *algunas* proporcionan útiles comienzos de análisis, y no sólo *para* el análisis.

⁵ Según un reportaje de AP (*San Francisco Chronicle*, 4 de marzo de 1968), el coronel de Infantería de Marina, David E. Lownds, autorizó al cabo de lanceros D. E. Isgris a utilizar barras de latón «adivinatorias» en la búsqueda de unos presuntos túneles norvietnamitas ocultos bajo tierra en Khe Sanh:

«Por estúpida que pueda ser una cosa, y no digo que las barras de latón lo sean, las usaremos», dijo el comandante de la base [...].

Los hombres de Wells [comandante del sector donde se encontró un túnel subterráneo] —de la Compañía C, Primer Batallón del 26 Regimiento— utilizaban zahoríes. Se supone que, encima de un túnel, las varas se cruzarán o se separarán, dependiendo del caso.

Los militares no son los únicos en manifestar esta clase de apertura mental. John S. Bottomly, en esa época ayudante del fiscal general de Massachusetts, como último recurso, autorizó, al parecer, recurrir al vidente holandés Peter Hurkos en un esfuerzo por encontrar al estrangulador de Boston. Véase Gerold Frank, *The Boston Strangler* (Nueva York, New American Library, 1966), pp. 87-120. Los esfuerzos ampliamente difundidos (y televisados) del ya difunto obispo James A. Pike para encontrar a su hijo

la sacralidad de sus representantes locales parece constituir actualmente, en nuestra sociedad, una de las bases más amplias de disensión en lo referente a las fuerzas últimas. El tacto suele impedir a los científicos sociales discutir el tema.)

III

La noción de marco de referencia primario, aun siendo insatisfactoria, permite considerar inmediatamente cinco temas diferentes y apreciar parte de su incidencia en nuestra comprensión global del funcionamiento del mundo.

1. En primer lugar, el «complejo de lo asombroso» [*astounding complex*]. Ocurren, o se hace que ocurran, acontecimientos que llevan a los observadores a dudar de su enfoque global de los acontecimientos, porque parece que, al dar cuenta de lo que ocurre, habrá que aceptar nuevas clases de fuerzas naturales o nuevas clases de capacidades directivas, implicando, quizá, estas últimas nuevas clases de agentes activos. En este caso se incluyen lo que parecen ser viajes y comunicaciones del espacio exterior, los milagros de curación religiosa, las visiones de monstruos infernales, las levitaciones, los caballos dotados para las matemáticas, la buenaventura, los contactos con los muertos, etc. Como se ha sugerido, estos sucesos asombrosos suponen la existencia de fuerzas naturales y capacidades directivas extraordinarias: por ejemplo, las influencias de los astros, la clarividencia, la percepción extrasensorial y demás. La literatura fantástica ofrece detallados acontecimientos que «no han sido explicados todavía». Ocasionalmente, los propios científicos son noticia al prestar seria atención a los OVNIS a la ESP (Percepción Extra Sensorial), a las influencias deriva-

que había pasado al otro lado es otro caso que viene a cuento. [Véanse, por ejemplo, *Time*, 6 de octubre de 1967; Hans Holzer, *The Psychic World of Bishop Pike* (Nueva York, Crown Publishers, 1970) y James A. Pike (con Diane Kennedy), *The Other Side* (Nueva York, Dell Publishing Co., 1969). Ronald Pearsall ofrece un tratamiento histórico sobre el espiritismo victoriano tardío en Inglaterra, en su libro *The Table-Rappers* (Londres, Michael Joseph, Ltd., 1972).] Podría añadir que a menudo aquellos que profesan estas creencias ocultas piensan que sustentan un punto de vista científico, todavía no aceptado por las autoridades científicas. Véase Marcello Truzzi, «Towards a Sociology of the Occult: Notes on Modern Witchcraft» (artículo no publicado, 1971).

das de las fases de la Luna⁶, y a cosas por el estilo. Muchas personas pueden recordar cuando menos un acontecimiento que no han podido explicarse de manera razonable. Por lo general, sin embargo, cuando ocurre un acontecimiento asombroso, los individuos, en nuestra sociedad, esperan que se descubra pronto una explicación «sencilla» o «natural» que aclare el misterio y los devuelva al ámbito de las fuerzas y agentes a los que están acostumbrados y a la línea divisoria que normalmente trazan entre los fenómenos naturales y los hechos guiados. Los individuos ciertamente muestran considerable resistencia a cambiar el marco de sus marcos de referencia. Un acontecimiento que aparentemente no puede ser manejado dentro de la cosmología tradicional produce un alboroto público o, al menos, un murmullo. Se podría citar un ejemplo entresacado de la prensa:

Alamascos. Colorado.— La autopsia realizada a un caballo, cuyos dueños creían que quienes lo habían matado eran los ocupantes de un platillo volante, ha revelado que sus cavidades abdominal, craneana y espinal estaban vacías.

El patólogo, un especialista de Denver que desea permanecer en el anonimato, dijo que la ausencia de órganos en la cavidad abdominal resulta inexplicable.

Cuatro miembros del Comité Nacional de Investigación de Fenómenos Aéreos pertenecientes al equipo de Denver presenciaron la autopsia el domingo por la noche en el rancho donde se encontró el cadáver del animal [...].

Cuando el patólogo abrió la cavidad craneana del caballo, la encontró vacía. «Verdaderamente —dijo—, debería haber habido gran cantidad de líquido en la cavidad craneana» [...].

Los propietarios de Appalacosa dijeron que creían que al caballo lo habían matado los ocupantes de un platillo volante. Varias personas más, en San Luis Valley, donde se informó de que, recientemente, se habían visto en una tarde hasta ocho objetos volantes no identificados, han dicho que opinan lo mismo⁷.

Y esperamos una resolución como la que sigue:

Moscú (AP).— Un ama de casa rusa, que asombró al mundo hace siete años por su pretendida «visión digital», ha sido acusada de impostora, según un periódico soviético.

⁶ Véase, por ejemplo, en *Time*, 10 de enero de 1972, una historia titulada «Moonstruck Scientists».

⁷ *San Francisco Chronicle*, 10 de octubre de 1967.

Los cinco científicos que examinaron a la señora Rosa Kuleshova concluyeron que había estado mirando por unos agujeros del objeto que le cubría los ojos.

La señora Kuleshova —una celebridad en su ciudad natal— conquistó una reputación internacional, cuando, en 1963, la prensa soviética publicó su pretendida capacidad de ver a través de las yemas de los dedos.

La comisión informó por escrito de que, en 1963, se dio erróneamente crédito a las pretensiones de la señora Kuleshova cuando fue examinada por unos científicos soviéticos que le proyectaron rayos de colores en las manos mientras se le mantenían tapados los ojos por diversos procedimientos.

Pero el aparato de rayos de colores, entretanto, «crujía y rechinaba» —según informa la comisión— y ello contribuyó a que la señora se confundiese respecto al color que aparecía a continuación⁸.

Permítaseme repetirlo: en nuestra sociedad se acepta el importante supuesto de que todos los acontecimientos —sin excepción— se pueden incluir y manejar dentro del sistema convencional de creencias. Toleramos lo no explicado pero no lo inexplicable.

2. El interés por la cosmología, que, en alguna medida, es el más amplio que podamos tener, presta su apoyo a un humilde pasatiempo: la exhibición de hazañas, es decir, el mantenimiento de la dirección y el control por parte de alguna agencia voluntariosa en condiciones que parecen claramente imposibles. Aquí hay que incluir las proezas de malabaristas, funámbulos, jinetes, practicantes del surf, esquiadores diestros, lanzadores de cuchillos, saltadores de trampolín, pilotos de pruebas y, actualmente, los astronautas, siendo estos últimos los héroes máximos, aunque deban compartir la gloria con la tecnología americana. Se podrían incluir también las proezas que los individuos aprenden a ejecutar con su fisiología, como cuando se somete a control voluntario una función como la presión sanguínea o la respuesta al dolor. Adviértase que los «actos animales» juegan un importante papel en relación a las proezas. Las focas amaestradas, las marsopas sociables, los elefantes bailarines y los leones acróbatas ejemplifican todos ellos la posibilidad de actos corrientes guiados por agentes extraños, atrayendo así la atención hacia la línea cosmológica de pensamiento trazada en nuestra sociedad entre los agentes humanos y los animales. Lo mismo ocurre cuando se muestra que los animales, amaestrándolos, pueden hacer aquellas tareas utilitarias que se considera que son parcelas exclusivas del hombre, como es el caso de la chimpancé que origina

⁸ *The New York Times*, 11 de octubre de 1970.

una tremenda conmoción en la autopista porque su adiestrador le ha enseñado a conducir un coche descapotable, mientras él parece que va durmiendo en el asiento contiguo, o cuando un granjero de Australia emplea a una manada de chimpancés para que le ayuden en la recolección⁹. Podría añadirse que ciertas investigaciones académicas se basan en el mismo interés, siendo su objeto establecer con precisión dónde debería trazarse el límite entre los animales y el hombre, en lo que se refiere a la capacidad para hacerlos guiados¹⁰.

Vale la pena señalar que tanto el complejo de lo asombroso (en forma de prodigios humanos) como las proezas están íntimamente relacionados con los espectáculos circenses, como si una de las funciones sociales de los circos (y recientemente de los museos marinos) fuera clarificar a sus patrocinadores la disposición y los límites de sus marcos de referencia básicos¹¹. Las proezas figuran también en las salas de fiestas de carácter vodevilesco (ahora muy en decadencia), al igual que el talento de los perros amaestrados, los acróbatas, los malabaristas, los magos y, como se verá más adelante, los «mentalistas». Con independencia de lo que los espectadores saquen de tales espectáculos, es evidente que el interés por los temas de raíz cosmo-

⁹ Geoffrey H. Bourne, en *The Ape People* (Nueva York, New American Library, Signet Books, 1971), especialmente en las pp. 140-141, ofrece algunos comentarios sobre los monos.

¹⁰ Las ilustraciones más notables en este caso son los esfuerzos por establecer comunicación con los delfines y para probar los efectos de la socialización humana en los monos. También se utiliza a académicos para que verifiquen críticamente los asertos respecto a los animales que, en caso de probarse, implicarían una modificación de nuestras creencias primarias. Véase, por ejemplo, O. Hobart Mowrer, «On the Psychology of "Talking Birds": A Contribution to Language and Personality Theory», en su libro *Learning Theory and Personality Dynamics* (Nueva York, The Ronald Press, 1950), pp. 688-726. Ciertamente ningún sistema filosófico tradicional era completo si dejaba de incluir una afirmación rotunda sobre la diferencia «esencial» entre el hombre y los animales: sólo en épocas recientes han asumido esa responsabilidad los especialistas en ciencias sociales y biológicas.

¹¹ Las monstruosidades exhibidas en las casetas de feria ante gentes del campo y de los pueblos, en nuestra sociedad, parecen emparentadas con las utilizadas en algunas ceremonias de iniciación en sociedades primitivas, por lo menos eso es lo que Víctor Turner sugiere en «Betwixt and Between: The Liminal Period in *Rites de Passage*», en *The Forest of Symbols* (Ithaca, NY, Cornell University Press, 1967):

Los escritores anteriores [...] tienden a considerar las máscaras y las figuras extrañas y monstruosas, tal como frecuentemente aparecen en el periodo liminar de las iniciaciones, como producto de «alucinaciones, terrores nocturnos y sueños». McCulloch sigue argumentando que «en la medida en que el hombre no establecía grandes diferencias (en la sociedad primitiva) entre él y los animales, pues pensaba que era posible la transformación del uno en el otro, emparejaba fácilmente

lógica constituye una preocupación cotidiana del profano y que en modo alguno queda limitado a los investigadores de campo y de laboratorio.

3. Considérese ahora los «fallos» [*muffings*], es decir, aquellas ocasiones en que el cuerpo o cualquier otro objeto que se supone que se encuentra bajo una guía segura, de forma inesperada, se suelta, se desvía de su curso o, si no, escapa al control, quedando totalmente sujeto a las fuerzas naturales —y no meramente condicionado por ellas—, con la ruptura consiguiente de la vida ordenada. Es el caso de las «planchas», las «pifias» y —cuando la guía del significado debería haberse producido en la conversación— de las meteduras de pata. (El caso límite ocurriría cuando resulta imposible culpar a nadie, como cuando se responsabiliza a un terremoto de que una persona haya derramado una taza de té.) En estos casos, el cuerpo retiene su capacidad como fuerza natural, causal, pero no intencionada ni social. Se podría citar un ejemplo:

Ayer, cinco personas resultaron heridas —dos de ellas de gravedad— cuando un coche perdió el control y fue a estrellarse contra una acera llena de gente en Haight-Ashbury.

El conductor del coche, Ed Hess, de veintitrés años de edad, que vive en la calle Cole, 615, fue conducido en estado casi histérico a la comisaría de Park, donde se le imputaron los cargos de llevar oculta un arma y de ser sospechoso de posesión de drogas peligrosas.

«No pude detener el coche —gritó—. Había gente por todas partes —cuatro, seis u ocho personas—, pero ¡por Dios!, no fue culpa mía» [...].

Los testigos dijeron que el coche circulaba por la calle Haight en dirección oeste y que acababa de rebasar el cruce con la avenida Masonic cuando se saltó el bordillo precipitándose contra el escaparate del supermercado New Lite. para acabar lanzándose cuesta abajo por la acera cincuenta pies más [...].

te al hombre con el animal». Mi opinión es la contraria: que se fabrican monstruos precisamente para enseñar a los neófitos a distinguir claramente los diferentes factores de la realidad, tal como se la concibe en su cultura...

Desde este punto de vista, se puede considerar que gran parte de la monstruosidad y lo grotesco de los *sacra* liminares pretendía no tanto aterrorizar o someter a los neófitos o trastornarlos, cuanto hacerlos conscientes, viva y rápidamente, de lo que se podían denominar los «factores» de su cultura. Yo mismo he visto mascarar Ndembu y Luvale que combinan rasgos de ambos sexos, que poseen atributos tanto animales como humanos, y que unifican en una sola representación las características humanas con las del paisaje natural [...]. Los monstruos sobresaltan a los neófitos haciéndoles pensar sobre los objetos, personas, relaciones y rasgos de su ambiente que hasta ese momento aceptaban sin discusión [pp. 104-105].

«No quise hacerles daño —dijo Hess sollozando—, pero me rodeaban por todas partes, por la izquierda, por la derecha, por todas partes»¹².

Adviértase que acontece una proeza cuando fácilmente podría esperarse e incluso perdonarse una falta de control; y un fallo, cuando se cree que no hace falta un gran esfuerzo para mantener el control, pero, no obstante, el control se pierde¹³.

El *locus* visible desde donde se ejerce el control al dirigir un acto ofrece una perspectiva sobre los fallos de control y una sugerencia acerca de cómo podemos distinguir entre tipos de actuaciones. Se considera que algunos actos son ejecutados sólo por los miembros, como cuando nos rascamos un ojo, encendemos una cerilla, nos atamos un zapato o mantenemos en equilibrio una bandeja. Otros se consideran localizados en una prolongación de los miembros, como conducir un coche, cortar el césped o usar el destornillador. Finalmente, hay actuaciones que parecen comenzar en el cuerpo o en una prolongación de él y acaban dirigiendo algo que está palpablemente separado del control inicial, como cuando una pelota de golf, una mascada de tabaco o un misil alcanzan su objetivo. Presumiblemente, la socialización temprana asegura la competencia en lo primero; la socialización adulta —y, específicamente, el adiestramiento en las tareas—, la competencia en los otros dos aspectos. Obsérvese que una de las consecuencias de este programa de aprendizaje es la transformación del mundo en un lugar que está visiblemente gobernado por los marcos de referencias sociales y que es comprensible en función de ellos. Es cierto que, en las comu-

¹² Relatado en el *San Francisco Chronicle*, 19 de abril de 1968.

¹³ El aprendizaje de cualquier cosa siempre comporta un periodo de frecuentes fallos y la ejecución implicará de vez en cuando fallos por parte de los plenamente competentes. En este caso, un ejemplo impresionante lo constituye la tarea que realizan los capitanes desde el puente de mando de los grandes buques. Cuando un barco está atracando o se acerca a otro barco, la estela que va dejando ofrece una elegante demostración de la pericia con la que es dirigido, demostración que puede presenciarse desde cualquier parte en un radio de acción tremendamente grande. Y ello ocurre pese a que lo que el capitán debe dirigir es pesado y de no fácil manejo, y a que las distancias en el agua son difíciles de estimar. Además, puede que no esté familiarizado con el puerto y se requiera alinear el barco entre otros dos. Añádanse a esto las vidas que lleva a bordo y el valor del casco y de su carga, pudiéndose así dar una idea del horror con que vive el capitán la posibilidad de «perder la referencia súbitamente», de no saber con precisión dónde está y lo que está sucediendo. Se ha propuesto como explicación de la disciplina naval, un rígido circo por derecho propio, esta angustia respecto a los posibles fallos. [En los temas náuticos me baso en un trabajo no publicado de David L. Cook, «Public Order in the US Navy» (University of Pennsylvania, 1969).]

nidades urbanas, los adultos pueden moverse de un lado a otro durante meses sin encontrarse nunca sin control de su cuerpo o sin preparación para el choque con el ambiente, al haber sido sometido todo el mundo natural por medios de control públicos y privados. En cualquier caso, vuelve a dirigirse la atención a deportes tales como el patinaje, el esquí, el surf y la equitación, que permiten a jóvenes y adultos recuperar el control dirigido de sus cuerpos mediante un no fácil manejo de sus prolongaciones. Resulta así una recapitulación de los logros tempranos, acompañada (como la de los tardíos) de muchos fallos, pero ahora en un contexto especial: el juego —un caso de «contrafobia» para las clases ociosas—. Hay que notar, además, el atractivo obvio que poseen las comedias del tipo de las de Laurel y Hardy, que presentan la incompetencia y la torpeza a escala masiva, así como los viajes «de vértigo» en las ferias, que permiten que los individuos pierdan el control en circunstancias cuidadosamente controladas.

4. A continuación, es preciso considerar «lo fortuito», expresión que en este caso significa que un acontecimiento importante puede llegar a ser considerado como algo producido incidentalmente. Un individuo que guía adecuadamente sus actuaciones se enfrenta con el funcionamiento natural del mundo de un modo que no podría esperarse que él anticipase, con los resultados consiguientes. O bien dos o más individuos sin relación entre sí y sin una orientación mutua, dirigiendo adecuadamente cada uno de ellos sus propias actuaciones, originan conjuntamente un acontecimiento no anticipado que es significativo, y estos actores producen ese efecto aun cuando sus contribuciones permanezcan totalmente bajo control. Hablamos aquí de casualidades, de coincidencias, de buena o mala suerte, de accidentes, etc. Puesto que no se atribuye responsabilidad, se tiene una especie de marco de referencia natural, con la salvedad de que los ingredientes sobre los que operan las fuerzas naturales son en este caso actos guiados socialmente. Adviértase, además, que es posible que las consecuencias fortuitas se consideren deseables o indeseables. Cito un ejemplo de lo último.

Ammán, Jordania.— Ayer, una salva ceremonial tuvo consecuencias fatales para un miembro de un comando palestino: resultó muerto por una bala perdida cuando las unidades guerrilleras dispararon sus rifles al aire durante el entierro de las bajas producidas el domingo por un bombardeo israelí¹⁴.

¹⁴ *San Francisco Chronicle*, 6 de agosto de 1968.

La noción de relación fortuita es obviamente delicada, como si quienes la aducen como explicación tuvieran ciertas dudas acerca de su oportunidad como solución de compromiso o les preocupara que otros pudieran tener tales dudas. Esta precariedad se torna muy visible cuando se produce un tipo peculiar de casualidad por segunda o tercera vez con el mismo objeto o individuo o con la misma categoría de individuos¹⁵. Asimismo será difícil también evitar la significatividad cuando el beneficiario o la víctima de lo fortuito se encuentran en una clase preeminente de personas que incluye un solo miembro.

Los conceptos de fallos y de lo fortuito poseen una importancia cosmológica considerable. Dada nuestra creencia de que el mundo puede ser percibido totalmente, ya sea en términos de acontecimientos naturales, ya de actos guiados, y de que cada acontecimiento puede incluirse cómodamente en una u otra categoría, parece que debe haber a mano un medio para tratar de lo resbaladizo y lo inconexo. Las nociones culturales de fallos y de lo fortuito sirven a este fin, permitiendo a la gente entenderse con acontecimientos que, en otro caso, resultarían embarazosos para su sistema de análisis.

5. El último tema a considerar se refiere a la cuestión del aislamiento expresada en la «tensión» y las bromas. Los individuos, como se argumentará a lo largo de todo el libro, pueden establecer de manera bastante completa lo que ven de acuerdo con el marco de referencia

¹⁵ Roland Barthes, en «Structure of the *Fait-Divers*», en su libro *Critical Essays*, traducido al inglés por Richard Howard (Evanston, Ill., Northwestern University Press, 1972), sugiere:

Aquí encontramos el segundo tipo de relación que puede articular la estructura del *fait-divers*: la relación de conciencia. Es principalmente la repetición de un acontecimiento, por anodino que sea, lo que caracteriza a la noción de coincidencia: *roban tres veces el mismo broche de diamantes; a un hotelero le toca la lotería siempre que compra un décimo*, etc. ¿Por qué? La repetición nos induce siempre a imaginar una causa desconocida. Esto es tan cierto que, en la conciencia popular, lo aleatorio es siempre distributivo, nunca repetitivo. Se supone que la suerte hace variar los acontecimientos: si los repite, lo hace para significar algo a través de ellos. *Repetir es significar* [p. 191].

Rue Bucher aporta pruebas empíricas en un útil trabajo, «Blame and Hostility in Disaster», en *American Journal of Sociology*, LXII (1957), p. 469.

Parece que en este caso implica un riesgo de vulnerabilidad general en la organización social. Todos nosotros pertenecemos a muchas categorías que se entrecruzan, cuya pertenencia a las mismas se determina mediante uno o más atributos compartidos. Si la buena o la mala fortuna rondan a unos pocos individuos identificados, ellos y nosotros intentaremos entenderlos examinando los atributos que comparten, especialmente los que aparecen como exclusivos de ellos. Si la categoría resultante es amplia —como sucedió, por ejemplo, en relación a las personas que en apariencia podrían interesar al estrangulador de Boston— en ese caso, es posible que la población experimente un malestar difuso.

que se aplica oficialmente. Pero su capacidad tiene un límite. Ciertos efectos se extienden desde una perspectiva en la que pueden verse fácilmente los acontecimientos hasta otra radicalmente diferente, caso de que sea esta última la que se aplique oficialmente. El ejemplo mejor documentado quizá sea el del lento desarrollo del obvio derecho de los médicos a acercarse al cuerpo humano desnudo desde una perspectiva natural, y no social. En Inglaterra, hasta fines del siglo XVIII, el parto no pudo beneficiarse de una exploración obstétrica, de un quirófano iluminado y de un alumbramiento libre de las trabas que suponía mantener tapado el cuerpo, requisito exigido cuando había de participar en ello un médico varón¹⁶. La exploración ginecológica es incluso hoy día una cuestión que suscita una cierta inquietud, habiéndose dedicado un especial esfuerzo para introducir en el procedimiento medidas y acciones que mantengan a raya las interpretaciones sexuales¹⁷. Otro ejemplo lo constituye la dificultad a que se enfrentan

¹⁶ Peter Fryer, *Mrs. Grundy: Studies in English Prudery* (Londres, Dennis Dobson, 1963), cap. 17. «The Creeping Obstetrician», pp. 167-170. No debería darse por supuesto que en Occidente los individuos han mostrado una capacidad sostenidamente creciente para someterse a una exploración bajo una perspectiva naturalista y a tratamiento bajo una puramente instrumental, «fiscalista». No tenemos ya esclavos y, por lo tanto, es presumible que los individuos no tengan que sufrir la clase de pruebas impersonales descritas por Harold Nicolson en *Good Behaviour* (Londres, Constable & Co., 1955).

Los tratantes de esclavos, ya fueran de Delos o los *mangones* que controlaban el mercado esclavista junto al Templo de Cástor en Roma, exhibían su mercancía a la manera de los chalanos de caballos, que permiten a los probables compradores examinar los dientes y los músculos de los animales, dándoles pequeñas carreras cogidos por las bridas para mostrar su cabalgada. Los esclavos eran exhibidos para la venta en una jaula de madera, con los pies encalados y con unas tablillas colgadas alrededor del cuello para indicar el precio y la cualificación de cada uno [p. 63].

En cualquier caso, debemos darnos cuenta de que permitir que se nos trate como objetos es una forma de conducta, aunque meramente pasiva. Las personas que se dejan maquillar por profesionales en el teatro, tomar medidas por los sastres y reconocer por los médicos se conducen de forma muy parecida. Responden a las peticiones para adoptar distintas posturas, es posible que se enzarzen en conversaciones marginales sin orden ni concierto, pero el resto responde a un entendimiento muy difundido sobre cómo hay que actuar cuando se supone que somos meros cuerpos.

¹⁷ La puesta en escena de la exploración ginecológica de manera que no se preste a interpretaciones sexuales se detalla de manera precisa en James M. Henslin y Mae A. Biggs, «Dramaturgical Desexualization: The Sociology of the Vaginal Examination», en James M. Henslin (ed.), *Studies in the Sociology of Sex* (Nueva York, Appleton-Century-Crofts, 1971), pp. 243-272. Joan P. Emerson ofrece también un tratamiento útil en la cuestión en «Behavior in Private Places: Sustaining Definitions of Reality in Gynecological Examinations», en Hans Peter Dreitzel (ed.), *Recent Socio-*

quienes promueven la práctica del salvamento respiratorio: al parecer, el contacto boca a boca no puede ser disociado fácilmente de sus implicaciones rituales¹⁸. Asimismo, aunque dejamos que los ortopédicos y los dependientes de zapaterías toquen nuestros pies, nos aseguramos previamente de limpiar bien aquello que ritualmente pudiera contaminar. O téngase en cuenta el caso del *Sensei*, el instructor de kárate, quien, cuando sus alumnos adoptan una postura correcta, normalmente puede tocar los puntos cruciales de sus cuerpos de manera instrumental, al igual que podría hacerlo un médico, para determinar directamente si se da la tensión adecuada. Piénsese en los límites impuestos en este tipo de enmarque o encuadre fisiologista, límites que se introducen con la admisión de estudiantes mujeres:

Cuando el *Sensei* hace su recorrido para comprobar nuestra «postura», tocando los músculo del «trasero» y de los muslos, a nosotras no nos toca. Después de tres meses, acabó tocando el «trasero» de las quinceañeras, pero de las mayores sigue huyendo como de la peste. Es evidente que un *Sensei* de veinticinco años no nos puede ver de otra manera que como a hembras a las que sólo se puede tocar con un fin, y sólo con un fin¹⁹.

Debería resultar obvio que el cuerpo humano y su contacto habrían de figurar en la cuestión del mantenimiento del marco, al igual que figuran en las tensiones relativas a los límites los diversos productos de desecho y los movimientos involuntarios del cuerpo²⁰. Porque

logy N. 2 (Nueva York, Macmillan, 1970), pp. 74-97. Emerson argumenta que aunque las bromas durante el reconocimiento ginecológico pueden proporcionar una referencia demasiado directa a lo que se debe inhibir, otros medios más sutiles permitirán (y obligarán) a los participantes a dar el tratamiento debido a las cuestiones no médicas (tales como el pudor «femenino»). Para este punto véase también «A Simultaneous Multiplicity of Selves», en *E.*, pp. 132-143. El trabajo de Emerson constituye un útil recordatorio de que, cuando se aplica un esquema, su aplicación puede variar de un momento a otro y nunca puede excluir del todo lecturas ajenas —y (se piensa que) sucede justamente así.

¹⁸ Véase, por ejemplo, Maurice D. Linden, «Some Psychological Aspects of Rescue Breathing», en *American Journal of Nursing*, LX (1960), pp. 971-974.

¹⁹ Susan Pascale y otros, «Self-Defense for Women», en Robin Morgan (ed.), *Sisterhood Is Powerful* (Nueva York, Random House, Vintage Books, 1970), p. 474.

²⁰ Mary Douglas, *Purity and Danger* (Londres, Routledge & Kegan Paul, 1966), ofrece un texto:

Pero ahora estamos preparados para abordar la cuestión central. ¿Por qué habríamos de rechazar lo corporal como símbolo de peligro y de poder? ¿Por qué hay que pensar que los hechiceros se cualifican para la iniciación derramando sangre, cometiendo incesto o practicando la antropofa-

parece que el cuerpo está también continuamente presente como un recurso a manejar de acuerdo con un único marco de referencia primario. Parece inevitable que nuestra competencia interpretativa nos permita llegar a distinguir entre una mano que ondea para hacer señales de una mano que ondea para saludar a un amigo, y que ambos movimientos se distinguirán de los que nos ven hacer para espantar moscas o para acelerar la circulación. A su vez, estas distinciones parecen estar ligadas al hecho de que cada clase de acontecimiento no es sino un elemento dentro de todo un lenguaje de acontecimientos, formando parte cada lenguaje de un marco de referencia distinto. Y lo que es verdad en la sociedad occidental, probablemente sea también verdad en todas las demás sociedades²¹.

gia? ¿Por qué, cuando han sido iniciados, su arte ha de consistir en gran medida en la manipulación de poderes que se piensa que son inherentes a los límites del cuerpo humano? ¿Por qué hay que pensar que los límites corporales están especialmente investidos de poder y peligro? [...].

En segundo lugar, todos los límites son peligrosos. Si se traspasan de una u otra manera, se altera la forma de la experiencia fundamental. Cualquier estructura de ideas es frágil en sus márgenes. Podríamos imaginar que los orificios del cuerpo simbolizan sus puntos especialmente vulnerables. Las materias que salen por ellos son marginales en el sentido más obvio. La saliva, la sangre, la leche, la orina, las heces o las lágrimas simplemente, por el mero hecho de salir, atraviesan los límites del cuerpo. Además, tenemos desechos corporales como piel, uñas, mechones de pelo y sudor. El error consiste en tratar los límites corporales aislados de los restantes márgenes. No hay razón para dar primacía a la actitud del individuo hacia su propia experiencia corporal y emocional con la que se tratan los diferentes aspectos del cuerpo en los rituales en distintas partes del mundo. En algunas, la menstruación se teme como un peligro letal: en otras, no se le teme en absoluto... En algunos casos, la contaminación de los cadáveres es una preocupación cotidiana: en otros, en absoluto. En unos, los excrementos son peligrosos, en otros son sólo una broma. En la India la comida cocinada y la saliva son propensas a la contaminación, pero los bosquimanos almacenan semillas de melón en sus bocas para luego tostarlas y comerlas [pp. 120-121].

²¹ Una sociedad de Borneo podría servir como ilustración:

Un apretón de manos, o pasar una mano alrededor del cuello de un amigo del mismo sexo o de un familiar no incluido en el rango de relaciones incestuosas, sirve para establecer los límites de los contactos táctiles permitidos en las situaciones de la acción social. Los amantes habitualmente denotan su situación agarrándose por la cintura cuando pasean en público. A los miembros de la comunidad que no tienen parentesco, o un estatus especial de amigos, o de amantes, no se les permite la familiaridad de tales usos, ya que cada uno denota un sentido de apertura de otro nivel íntimo de experiencia táctil. Sólo se permite tocarse o mantener contacto entre adultos no casados del sexo opuesto en los casos de adivinación y en las relaciones curativas entre una mujer especializada en el ritual y las personas gravemente enfermas. Tanto en el curso de los rituales de adivinación como en los de curación, una mujer especializada en lo sobrenatural intenta localizar el lugar de la enfermedad a través de la palpación general del tronco y los miembros. En la mayoría de los casos se evitan las zonas con significado sexual. No se practica la transferencia generacional del poder político mediante el contacto táctil, aunque las fórmulas rituales y mágicas y el traspaso de poderes que las acompañan entre una anciana experta en rituales y su joven discípula pueden incluir el apretón de manos al efectuarse la transferencia simbólica [Thomas R. Williams, «Cultural Structuring of Tactile Experience in a Borneo Society», en *American Anthropologist*, LXVIII (1966), pp. 33-34].

IV

Ahora hay que hacer una consideración general. Las perspectivas primarias —naturales y sociales— asequibles a los miembros de una sociedad como la nuestra afectan a un número mayor de personas que los meros participantes en una actividad: los espectadores que se limitan simplemente a mirar están también profundamente implicados. Parece que difícilmente podemos mirar alguna cosa sin aplicar un marco de referencia primario, haciendo, por tanto, conjeturas sobre lo ocurrido previamente y anticipando expectativas sobre lo que probablemente vaya a ocurrir después. La disposición para dar *simplemente* un vistazo a algo y desviar luego la atención hacia otras cosas, al parecer, no se produce sólo por una falta de interés; el hecho mismo de dar un vistazo parece que llega a ser posible gracias a la rápida confirmación que pueden lograr los observadores, cerciorándose así de que se aplican las perspectivas anticipadas. Porque es seguro que consideramos como una relevancia motivacional importante el descubrimiento de la relevancia motivacional del acontecimiento para las otras personas presentes. La mera percepción resulta ser, pues, una penetración mucho más activa en el mundo de lo que en principio podría pensarse.

Bergson llega a esta conclusión en su agudo ensayo *La risa*:

Una disposición cualquiera de actos y acontecimientos resulta cómica cuando nos produce, en una sola combinación, la ilusión de vida y la clara expresión de una disposición mecánica²².

La rigidez, el automatismo, el despiste y la insociabilidad están inextricablemente enlazados, y todas estas cosas funcionan como ingredientes para el montaje de lo cómico en el personaje²³.

Nos reímos siempre que una persona nos produce la impresión de ser una cosa²⁴.

Bergson, al señalar que los individuos a menudo ríen cuando se enfrentan con una persona que no mantiene en todos los aspectos una imagen de guía o dirección humana, falla únicamente en no ir más allá, hasta sacar la conclusión implícita, a saber, que si los individuos están dispuestos a reírse ante manifestaciones de un comportamiento

²² Henry Bergson, *Laughter*, traducido por Cloudesley Brereton y Fred Rothwell (Londres, Macmillan & Co., 1911), p. 69.

²³ *Ibid.*, p. 147.

²⁴ *Ibid.*, p. 58.

ineficazmente guiado, ello significa que, al parecer, deben de haber estado todo el tiempo afirmando la idoneidad de quien se comporta normalmente, pensando que no era cosa de risa. En suma, los observadores proyectan activamente sus marcos de referencia sobre el mundo inmediato que los rodea, y uno no acierta a ver que lo hacen así únicamente porque los acontecimientos normalmente confirman estas proyecciones, dando lugar a que los supuestos desaparezcan en el suave flujo de la actividad. Así pues, una mujer correctamente vestida que examina de cerca el marco de un espejo rebajado en un establecimiento de subastas y que luego retrocede para comprobar la exactitud del reflejo del espejo, bien puede ser vista por otras personas presentes como alguien que realmente no se ha visto. Pero si usa el espejo para colocarse el sombrero, *entonces* los otros presentes pueden tomar conciencia de que lo que se esperaba durante todo el tiempo era sólo un determinado tipo de mirada y que el objeto colgado en la pared no era tanto un espejo cuanto un espejo-en-venta; y esta experiencia podría invertirse en el caso de que ella examine con criterios estimativos un espejo en un probador en lugar de observarse a sí misma en el espejo²⁵.

²⁵ No quiero decir que esto suponga que no se construyen socialmente sentidos estables a partir de los artefactos, sino que las circunstancias pueden imponer un sentido adicional. Las balas de cañón, los frascos de cinco galones y los trozos de cañerías en desuso pueden transformarse de bienes utilitarios en lámparas decorativas, pero en este último caso su valor depende de que nunca pierdan del todo su valor primigenio. En el mejor de los casos, el resultado no es una lámpara, sino una lámpara interesante. De hecho, puede encontrarse un cierto deporte en la subordinación de un uso oficial a otro irreverentemente extraño, como cuando los bromistas se las arreglan para usar las teclas del teléfono como tonos y no como números, posibilidad abierta por el hecho de que cada tecla, cuando se pulsa, produce su propio tono distintivo (*Time*, 6 de marzo de 1972).

Aquí alego de nuevo que el sentido de un objeto (o de un acto) es producto de una definición social y que esta definición emerge a partir del rol del objeto en la sociedad en general, convirtiéndose ese rol entonces, para círculos más pequeños, en algo dado, algo que puede ser modificado pero no totalmente recreado. El sentido de un objeto se genera, sin duda, mediante su uso, diría un pragmático, pero no es corriente que lo sea a partir de los usuarios particulares. En resumen, no todo lo que se usa para clavar clavos es un martillo.

3. CLAVES Y CAMBIOS DE CLAVE

I

1. Durante sus visitas al zoo Fleishacker al comienzo de 1952, Gregory Bateson observó que las nutrias no sólo peleaban entre sí, sino que además jugaban a pelear¹. El interés por el juego animal tiene una clara fuente de inspiración en el todavía útil libro de Karl Groos *The Play of Animals*², pero Bateson planteó con sagacidad los problemas que dieron al tema su más amplia relevancia actual.

Bateson advirtió que, ante una determinada señal, las nutrias comenzaban a acecharse, a perseguirse y a atacarse juguetonamente y que, ante otra señal, dejaban de jugar. Una cuestión obvia acerca de este comportamiento de juego es que las acciones de los animales no tienen, por así decirlo, sentido por sí mismas; el marco de referencia de estas acciones no hace que los acontecimientos carentes de sentido cobren sentido, existiendo en este caso un contraste con los modos de comprensión primarios que sí lo hacen. Por el contrario, esta actividad de juego sigue muy de cerca una pauta que ya tiene sentido en sus propios términos —en este caso, la pelea, un tipo muy conocido de acción guiada—. La lucha real sirve aquí como modelo³ de patrón detallado a seguir, de fundamento de la forma⁴. Y de modo igualmente obvio, el patrón de la lucha no se sigue plenamente, sino que por el

¹ «The Message "This Is Play"», en Bertram Schaffner (ed.), *Group Processes* (Nueva York, Josiah Macy, Jr. Foundation Proceedings, 1955), p. 175. El tratamiento completo que sobre el juego hacen Bateson y los conferenciantes (pp. 145-242) resulta útil. Véase también el tratamiento de William F. Fry, Jr., *Sweet Madness: A Study of Humor* (Palo Alto, California, Pacific Books, 1968), pp. 123 y ss.

² Traducido por Elizabeth L. Baldwin (Nueva York, D. Appleton & Company, 1896).

³ *Modelo* es una palabra engañosa. La utilizaré siempre en el sentido de que algo resulta pautado al seguirlo, dejando abierta la cuestión de si ese diseño es o no ideal; en resumen, un modelo para, no un modelo de.

⁴ Fry, *Sweet Madness*, p. 126, utiliza en este caso el término *conducta de base*.

—especialmente la vida urbana— no se organiza de esa manera. Existe siempre la posibilidad de nuevos personajes y fuerzas y éstos pueden entrar en el argumento en momentos posteriores sin que los acontecimientos anteriores estuvieran planeados pensando en esta entrada. Los puntos críticos cruciales ocurren por razones, en apariencia, accidentales y las consecuencias de los actos a menudo son desproporcionadas respecto a sus causas. En vez de desarrollos bien tramados, a veces encontramos cosas que se parecen más a un movimiento browniano. Sin embargo, en la conversación real, informal, los relatos contados sobre la experiencia pueden (y tienden a) organizarse desde el comienzo en términos de lo que llegará a ser el desenlace. Lo que se desarrolla en el relato puede formularse como un resultado total del juego de las figuras dentro del relato, siendo necesario todo ese juego, y sólo ese juego, para lograr ese desarrollo. Los relatos, al igual que las obras de teatro, demuestran una total interdependencia de la acción y el destino humanos —una plenitud de significación— que es característica de los juegos de estrategia pero no necesariamente característica de la vida.

Por lo tanto, puede argumentarse que aunque los proyectos y empresas individuales ocurren literalmente, los relatos presentados por el individuo sobre esos proyectos parecerían más afines al drama que a los hechos. Y puesto que las figuras naturales no tienen a su disposición un reparto de actores entrenados ni demasiado tiempo para pulir un texto, puesto que sólo tienen su propia capacidad de aficionados para recontar los acontecimientos, raramente se plantea qué se parece más a la vida, el teatro o aquello que las personas particulares presentan ante quienes logran que las escuchen.

14. CONCLUSIONES

I

1. Este estudio comenzó con la observación de que nosotros (y un número considerable de ellos) poseemos la capacidad de usar la actividad real, concreta y la inclinación a usar dicha actividad —actividad que tiene significatividad por derecho propio— como un modelo sobre el que operar transformaciones como la diversión, el engaño, el experimento, el ensayo, el sueño, la fantasía, el ritual, la demostración, el análisis y la caridad. Esas vivas sombras de los acontecimientos se engranan en el mundo en curso pero no de una manera tan precisa como lo hace la actividad literal corriente.

Aquí, pues, existe una justificación para tomar en serio la actividad corriente, porción de la realidad suprema. Pues, aunque se ha mostrado que nosotros podemos llegar a absorbernos en planos ficticios del ser, dando a cada uno en su momento un acento de realidad, igualmente puede mostrarse que las experiencias resultantes son derivadas e inciertas cuando se enfrentan a lo real. James e incluso Schutz pueden ser leídos de esta manera. Pero si eso resulta cómodo, es demasiado fácil.

En primer lugar, nosotros con frecuencia utilizamos *real* simplemente como un término de contraste. Cuando decidimos que algo es irreal, la realidad no tiene que ser demasiado real, ya que puede ser tanto una dramatización de los acontecimientos como los propios acontecimientos —o un ensayo de la dramatización, o una pintura del ensayo, o una reproducción de la pintura—. Cualquiera de estas cosas puede servir como original de algo que es sólo una imitación, llevándole a uno a pensar que la soberana es la relación, y no la sustancia. (Una acuarela valiosa guardada —para su custodia— en un portafolio de reproducciones de grandes obras maestras es, en ese contexto, una reproducción falseada.)

En segundo lugar, cualquier franja más o menos prolongada de actividad literal, cotidiana, vista como tal por todos los participantes en

ella, es probable que contenga episodios diferentemente enmarcados, teniendo estatus de ámbito diferente. Un hombre que acaba de terminar de dar instrucciones a su cartero saluda a una pareja que pasa, se mete en su coche y se va. Ciertamente esta franja pertenece al tipo de cosas que los escritores a partir de James consideraban como la realidad cotidiana. Pero, evidentemente, el sistema de tráfico supone un dominio del rol relativamente estrecho, impersonal, aunque íntimamente engranado en el mundo en curso: los saludos forman parte del orden ritual en el que el individuo puede figurar como representante de sí mismo, un ámbito de acción que se engrana en el mundo pero de una manera especial y limitada. Dar instrucciones pertenece al ámbito de los roles ocupacionales, pero es improbable que el intercambio hubiera ocurrido sin el ribete de una pequeña conversación proyectada en otro dominio distinto. La competencia física mostrada al entregar y recibir una carta (o al abrir y cerrar la puerta de un coche) corresponde asimismo a otro orden, el del manejo corporal de los objetos físicos que tenemos muy a mano. Además, una vez que nuestro hombre se pone en camino, conducir puede convertirse en una rutina, y es probable que su mente se aparte de la carretera para entregarse en algún momento a la fantasía. Si de repente se encuentra en una situación apurada, puede que se dedique simultáneamente a evitarla físicamente con habilidad y a rezar, mezclando lo «racional» con lo «irracional» de modo tan fácil y característico como un hombre primitivo. (Adviértase que todas estas actividades diferentemente enmarcadas podrían subsumirse bajo el término *rol* —por ejemplo, el rol de la persona que vive en las afueras—, pero eso ofrecería una conceptualización tremendamente tosca para nuestros fines.)

En verdad, toda esta franja estratificada de encuadres solapados podría ciertamente transformarse en su conjunto para ser presentada en la pantalla, y sería sistemáticamente diferente sólo por una capa, dando al conjunto un estatus de ámbito diferente respecto al original. Pero aquello de lo cual la versión cinematográfica sería una copia, esto es, un ejemplo irreal, sería en sí algo no homogéneo con respecto a la realidad, algo en sí mismo atravesado por diversos encuadres y sus diversos ámbitos.

Y según el mismo razonamiento, un espectáculo cinematográfico podría ser visto como parte del mundo normal en funcionamiento. Resulta fácil imaginar las circunstancias en las que un individuo fue al cine y quedó prendido de lo que se le ofrecía como una fase de una salida vespertina —salida que podría incluir comer, hablar y otras realida-

des—. Siendo así, pueden imaginarse las circunstancias en las que el asistente al cine podría comparar la realidad de la salida vespertina con ver un drama televisivo en el que se describiera lo sucedido esa tarde. Por el contrario, ante un tribunal, nuestro individuo, para establecer una coartada, podría declarar que realmente había ido al cine aquella tarde y que hacerlo era para él algo cotidiano, habitual, sin incidentes, cuando, de hecho, había estado realmente haciendo otra cosa.

2. Pero hay cuestiones más profundas. Al argumentar que la actividad cotidiana ofrece un original frente al que pueden contrastarse copias de varias clases, lo que se presuponía era que el modelo era algo que podría ser real y que, cuando lo era, se integraría mejor en el mundo en curso que cualquier otra cosa modelada conforme a él. Sin embargo, en muchos casos, lo que un individuo hace en la vida sería lo hace en relación a normas culturales establecidas para el hacer y para el rol social que se construye a partir de tales haceres. Algunas de estas normas se orientan hacia lo que recibe la máxima aprobación, otras hacia lo que recibe la máxima desaprobación. La sabiduría implícita en esto se basa en las tradiciones morales de la comunidad tal como se encuentran en las narraciones populares, los personajes de las novelas, los anuncios, los mitos, las estrellas cinematográficas y sus roles famosos, la Biblia y otras fuentes de representación ejemplar. Así pues, la vida cotidiana, en sí misma bastante real, a menudo parece ser un bosquejo estratificado de un patrón o modelo que es en sí una tipificación de un estatus de ámbito bastante incierto¹. (Un rostro famoso que sirve de modelo de un traje de un modisto famoso ofrece en sus movimientos un cambio de clave, una imitación de una persona cotidiana que va con un traje cotidiano, algo, en suma, modelado *según* una forma de vestir real; pero obviamente es además un modelo *para* la apariencia cotidiana mientras-está-vestida, apariencia que siempre es, por así decir, la de una dama de honor de la novia pero nunca la de la novia.) La vida puede que no sea una imitación del arte, pero la conducta ordinaria es, en cierto sentido, una imitación de los cánones sociales, un ademán dirigido a las formas ejemplares, y la realización primordial de estos ideales pertenece más al hacer creer, a la ficción, que a la realidad.

¹ Véase Alfred Schutz, «Symbol, Reality and Society», en *Collected Papers*, vol. 1 (La Haya, Martinus Nijhoff, 1962), p. 328. Aquí de nuevo agradezco su ayuda a Richard Grathoff.

Además, aquello que la gente entiende como la organización de su experiencia lo apuntala con fuerza de forma autosatisfactoria. Desarrolla un *corpus* de relatos, juegos, acertijos, experimentos, historias noticiosas y otros guiones aleccionadores que confirman elegantemente una visión relevante del funcionamiento del mundo para el marco. (Especialmente se hace que los jóvenes se exhiban sobre estos resplandores manufacturados, para que con el tiempo puedan representar con naturalidad las escenas existentes a su alrededor.) Y la naturaleza humana que se adapta a esta forma de ver las cosas lo hace en parte porque sus poseedores han aprendido a comportarse de modo que este análisis sea, en su caso, sincero. La vida social asume e integra en sí, de innumerables maneras y sin cesar, el entendimiento que tenemos de ellas. (Y puesto que reconozco que mi análisis de los marcos intencionadamente coincide con el que los propios sujetos emplean, en cierto grado, debe funcionar como otra fantasía de apoyo.)

II

1. Al observar las franjas de haceres reales, cotidianos, que implican a individuos de carne y hueso en el trato mutuo cara a cara, resulta tentador y fácil establecer un claro contraste con las copias que se presentan en los ámbitos ficticios del ser. Las copias pueden ser vistas como meras transformaciones de un original y todo lo que se descubra sobre la organización de las escenas ficticias puede verse como aplicable sólo a las copias, no al mundo real. El análisis del marco se convertiría así en el estudio de todo salvo el comportamiento ordinario.

Sin embargo, aunque este enfoque podría ser el más agradable, no es el más provechoso. Porque la actividad real no sólo ha de ser contrastada con algo obviamente irreal, tal como los sueños, sino también con los deportes, los juegos, el ritual, la experimentación, la práctica y otros ordenamientos, incluido el engaño, y estas actividades no son todas tan fantásticas. Además, cada una de estas alternativas a lo cotidiano es diferente a las otras en un aspecto distinto. Asimismo, la propia actividad cotidiana contiene desde luego marcos que cambian con rapidez, muchos de los cuales generan acontecimientos que se alejan considerablemente de cualquier cosa que pudiera llamarse literal. Por último, las variables y los elementos de la organización encontrados en los ámbitos no literales del ser, aunque se manifiesten y utilicen de ma-

neras diferentes en cada uno de esos ámbitos, se encuentran también en la organización de la experiencia real, si bien en una versión diferente de ella.

El argumento, pues, es que las franjas de actividad, incluidas las figuras que las pueblan, debe ser tratadas para su análisis como un único problema. Los ámbitos del ser son aquí los objetos apropiados de estudio; y en este caso lo cotidiano no es un dominio especial que ha de contrastarse con los otros, sino simplemente un ámbito más.

Los ámbitos y las disposiciones no ordinarias pueden, desde luego, ser un tema de interés por derecho propio. Aquí, sin embargo, se reclama otro uso de ellos. El primer objeto del análisis social debería ser, pienso yo, el comportamiento real, habitual —su estructura y su organización—. Sin embargo, el investigador, al igual que sus sujetos, tiende a no dar por supuesto el marco de referencia de la vida cotidiana: no es consciente de lo que les guía, ni a él ni a ellos. El análisis comparativo de los ámbitos del ser ofrece un medio de romper esa falta de autoconciencia. Los ámbitos del ser diferentes de los ordinarios aportan experimentos naturales en los que se muestra o contrasta una propiedad de la actividad ordinaria de modo clarificado y clarificador. El diseño según el cual se aúna la experiencia cotidiana puede ser visto como una variación especial de los temas generales, como modos de hacer cosas que pueden hacerse de otros modos. Ver significa ver estas diferencias (y semejanzas). Lo que está implícito y oculto puede ser desempaqueado, desenredado y revelado. Por ejemplo, en el teatro y en la radio esperamos que un actor exteriorice el estado interior del personaje que está representando para que pueda asegurarse la continuidad de la trama argumental, de modo que el público sepa en todo momento lo que está sucediendo. Pero precisamente en la vida diaria puede encontrarse el mismo tipo de coreografía intencionada, evidente sobre todo cuando un individuo considera que debe hacer algo que podría ser equivocadamente interpretado como censurable por los extraños que están ejerciendo sólo su derecho a mirarle antes de desviar la mirada.

2. Considérese, como caso paradigmático, a tres o cuatro individuos de carne y hueso que desempeñan una tarea real ante la mutua presencia inmediata —en suma, una franja cotidiana de actividad—. ¿Qué puede ocurrírsele decir al análisis del marco sobre la escena y sus participantes?

En primer lugar, las pistas o canales de la actividad. Supongamos que hay una actividad principal, una línea argumental, y que hay una

frontera de lo evidenciable respecto a ella. Supongamos que hay por lo menos cuatro pistas subordinadas, la que sustenta los acontecimientos desatendidos, la direccional, la de comunicación superpuesta y la de lo que se oculta.

En segundo lugar, las capas. Quizá la franja en cuestión no tiene ninguna. No hay cambio de clave ni engaño. Ciertamente esta ausencia de doblez es posible. Pero debería tenerse en cuenta que no es probable que se mantenga durante un largo periodo de tiempo. Y con frecuencia habrá que hacer un esfuerzo para asegurar incluso esto. La falta de capas hay que verla, por lo tanto, como algo digno de ser tomado en cuenta.

En tercer lugar, la cuestión del estatus de participación. Una charla entre dos personas mantenida en un lugar retirado implica, en un primer análisis, compartir plenamente el estatus de participación ratificado y, subyaciendo a ello, un intercambio de los roles de hablante y receptor.

Pero amplíemos estas posibilidades. Añadamos un tercer participante, y permíramos que el hablante se dirija a los participantes en su conjunto o seleccionando a uno en particular, forzándonos en este último caso a distinguir entre receptores a los que se habla y receptores a los que no se habla. (Entonces puede verse que un receptor a quien no se le habla, especialmente cuando es algo crónico, puede mantenerse un tanto retirado de la participación ordinaria y ver al hablante y al que se le habla como un todo único, que ha de mirarse como se hace con un partido de tenis o un coloquio teatral.) Con un tercer participante se ha creado también la posibilidad de una red de convivencia entre dos personas y hay que hacer una distinción entre los confabulados y el no confabulado. Añadamos, en cambio, una tercera persona que es un extraño que no participa y que tiene el rol del mirón cuyo actuante está desconectado de los otros por una falta de atención cívica. Escribamos un guión con un ordenamiento de dos personas o de cualquiera de los ordenamientos tripersonales y representémoslo sobre un escenario, y tendremos, además, los roles de actor-público.

Suficientemente simple. Pero veamos ahora que estas posibilidades ampliadas pueden extenderse con el fin de estimular nuestra percepción para los posibles repliegues de una conversación real entre dos personas totalmente recludas y apartadas. Como ya se ha considerado en extenso, la posibilidad de la comunicación confabuladora puede darse en una charla entre dos personas, bien en forma de una

autoconfabulación mediante la que un participante hace apartes gesticulados durante el turno del otro, bien en forma (por así decir) de comunicación confabulada en la que ambos participantes representan los roles de confabulador y de no confabulado. Además, un participante puede diseñar la exteriorización de su respuesta para incitar al otro a percibirla pero actuando como si no la hubiera percibido, incitando así a este último a contribuir con dos modos de funcionamiento y no con uno, ampliando en efecto el ordenamiento de dos personas para convertirlo en algo más complicado. Y cuando un hablante reescenifica una franja de experiencia para delectación de su oyente, este último (y el hablante hasta cierto punto) puede quedarse atrás y funcionar de manera no diferente a la de un público, el oyente y el hablante pueden mostrar interés por lo que el hablante presenta ante ellos.

En suma, los ordenamientos que articulan la interacción multi-personal pueden reconvertirse en una conversación bipersonal, para dárles un rol estructural. Y al igual que la narrativa oral introduce los acontecimientos que ocurren simultáneamente en una secuencia temporal, y al igual que las tiras cómicas introducen los acontecimientos secuenciados temporalmente en una secuencia espacial, del mismo modo la interacción directa puede ser coartada de alguna manera por quienes la mantienen para que la secuencia quede mejor señalada de lo que lo estaría en otro caso y la temporalización de los turnos mejor determinada por un esfuerzo oculto que permita una clara puntuación. Así es como un niño que se cae y se araña la rodilla puede esperar hasta que cruza la calle y se encuentra con su padre para echarse a llorar con lágrimas tan fuertes y frescas como la situación requiere. Así es como un adulto puede puntear una conversación con un estallido de risa², un arrebato de ira, una interrupción repentina, bajando los ojos con expresión de disgusto y confusión —o cualquier otro desbordamiento genuino— y controlar efectivamente de alguna manera el tiempo de esta ruptura para que se produzca hábilmente en una coyuntura de la charla de otro que favorezca más una audiencia inadvertida, una visión inalterada, una escucha completa, de lo que ha evocado esa respuesta. Y aquí en vez de seguir con nuestra práctica habitual de «secuencializar» lo que es de hecho concurrente, nos permitimos ver como solapándose lo que de hecho ha sido manejado secuencialmente —insertando así profundamente las prácticas de encuadre en la

² Aquí, véase Gail Jefferson, «Notes on the Sequential Organization of Laughter».

conspiración general para sustentar las creencias sobre nuestra naturaleza humana, en este caso, que tras nuestra sutileza cívica puede encontrarse algo indisciplinado, algo de tipo animal.

3. Ante esta perspectiva, podemos pasar al concepto, central aunque muy tosco, del participante (o actor o individuo), ya que de nuevo el enfoque comparativo nos permite abordar supuestos sobre la actividad ordinaria que en otro caso seguirían estando implícitos. Y se puede empezar a ver, por ejemplo, que el propio cuerpo y su funcionamiento dentro de un marco es una cuestión que justifica un tratamiento sistemático.

Comencemos con un juego de tablero como el ajedrez. El foco dramático se pone en dos conjuntos opuestos de figurillas destinadas a jugar unas contra otras de modo regulado. Detrás de esta interacción de jugadas hay dos jugadores, cada uno de ellos trata de ganar o perder la partida, cada uno diagnostica qué jugada deben hacer sus fichas, y cada uno manipula físicamente —animando— sus piezas.

Debería ser obvio que el ajedrez puede organizarse de modo muy diferente al que acabamos de describir y, sin embargo, en conjunto, seguir siendo el mismo juego. Las figuras pueden ser personas reales en un patio cuadrado. La función diagnóstica, cognoscitiva, puede ser desempeñada por un comité o un ordenador. La manipulación puede ser efectuada por un tercero en respuesta a órdenes habladas, o por un dispositivo eléctrico, o por la propia figura en el caso de las partidas al aire libre. Cuando la partida se juega sólo «por diversión», entonces cada una de las dos partes que ejercen la función cognoscitiva seguramente ganará o perderá lo que sea en forma de premios psicológicos. Pero si hay en juego dinero, o está en juego el orgullo nacional, o la puntuación del equipo, entonces, desde luego, otras partes que no son las dos mencionadas pueden participar directamente como causantes, participantes, socios, etc. De ahí, como ya se ha sugerido, las siguientes funciones: figuras, estrategias, animadores, causantes.

Habría que mencionar dos cuestiones sobre el ajedrez. Aunque las diversas funciones tratadas pueden ser realizadas por entidades diferentes, nuestra propia noción del jugador reconoce que habrá una superposición total y que no es necesario pensar en ello. Segundo, el rol del cuerpo humano es aquí muy limitado. Son las piezas las que «cortan el bacalao». Normalmente el cuerpo se utiliza sólo para maniobrar las piezas, y esta operación suele considerarse no problemática, rutinaria, sin consecuencias. Una petición cortés de instrucciones y

la propia jugada de uno pueden ser realizadas físicamente por el oponente. Es la función cognoscitiva la que resulta problemática.

Considérese ahora una pelea callejera entre dos hombres. También resulta posible definir a cada luchador en términos de múltiples funciones, por ejemplo, el causante o la parte que se juega algo y el estratega que decide qué movimientos hacer. Puede verse, más fácilmente que antes, que estas funciones podrían ser separadas. (Si se profesionaliza la lucha, el preparador participará en la función cognoscitiva, y los hinchas, si no los organizadores, compartirán las pérdidas o las ganancias.) Pero además se da un contraste bastante obvio aunque instructivo en el ajedrez. En vez de emplear piezas como figuras el cuerpo humano cumple esa función. Y mientras que una pieza de ajedrez deriva sus atributos, sus poderes, de las reglas que nos dictan cómo se pueden mover, y en ese sentido no es problemático, un luchador humano (o animal) recibe sus poderes —fortaleza, técnica, ejercicio— de dentro, y son estos poderes, quizá más aún que los cognoscitivos, los que se cuestionan.

Cuando nos ocupamos de deportes que requieren el uso de instrumentos como el tenis, la esgrima o el hockey, de nuevo figuran como figuras uno o más cuerpos por cada bando, salvo que cada cuerpo emplea aquí una extensión suya —un palo, una raqueta, un bate, etc.—. Estos recursos son utilizados de una manera extremadamente efectiva, instrumental, garantizada únicamente por una práctica muy dilatada, por lo que, incidentalmente, el plano en el que opera el cuerpo queda limitado a la cuestión de cómo se canaliza el ejercicio. Además, el esfuerzo y la destreza implícitos no tienen sentido a menos que se esté de acuerdo con los especiales y peculiares objetivos del partido, las medidas exactas y definidas del instrumento deportivo (junto con la obligación de limitarse a su uso, y esto dentro de las reglas), y las meras señales como límites externos del campo de juego. Las acciones inducidas en las competiciones deportivas tienen, pues, un carácter arbitrario, artificial.

Ahora podría mencionarse el baile. Aquí el coreógrafo parece reivindicar la mayor parte de la función estratégica. De nuevo el cuerpo está presente en gran medida, pero esta vez en la realización de una tarea que no tiene nada de utilitaria. El propósito consiste en la descripción de cierto diseño global, incluyendo la imitación corporal de los sentimientos y del destino simbolizados corporalmente, y aunque ciertamente se requieren músculos, huesos, entrenamiento y energía, y esto es problemático, todo ello se ejercita con fines pictográficos.

Los boxeadores, desde luego, pueden mostrar gracia y economía de movimientos, al igual que los jugadores de tenis, pero esto debe ser un subproducto, a lo sumo, una preocupación marginal, siendo la física la principal, describable en términos de un estado que ha de lograrse del modo que parezca más eficaz en cada ocasión —dentro de las reglas, claro está.

Cuando observamos las ceremonias y los rituales, se encuentra otra combinación de elementos. A primera vista, no hay ninguna función operativa de toma de decisiones por haberse estructurado conforme a tradición, sabiduría popular y protocolo. Las figuras involucradas son también cuerpos, pero aunque podría requerirse cierta práctica en el ejercicio del ritual, su ejecución correcta puede convertirse fácilmente en rutinaria y aproblemática. Y de nuevo tampoco implican procedimientos utilitarios; su propósito abierto, controlador, es una forma de simbolización, una forma especial de representación bien formulada, ceñida.

Imaginemos ahora un debate en un instituto de bachillerato. Participan dos equipos, cada uno de ellos con dos o más jugadores. Lo que se halla en juego son unos argumentos presentados verbalmente, juzgándose según criterios de contenido y forma de exposición. La exposición es, como tal, ciertamente un rasgo problemático e importante que implica el control de la voz, el manejo del habla y otros actos físicos. Pero el cuerpo como un todo ha desaparecido. Se espera que el individuo polemice de pie, pero si necesita una silla de ruedas, podrá participar plenamente también.

Ahora observemos la actividad cotidiana, especialmente aquella en la que interviene la conversación cara a cara. Podría pensarse que al igual que en el debate entre bachilleres sólo estarán en juego los argumentos y la competencia para expresar las cuestiones verbalmente. Pero esta visión es demasiado estrecha. Se hacen promesas verbales que tendrán auténticas consecuencias en el futuro. La señalización se ve facilitada y a través de ella se hace posible una colaboración estrecha en las tareas físicas. Se representan rituales interpersonales.

Y como un subproducto de sus haceres, el hacedor ofrece indicios, por ejemplo, de su personalidad, su estatus social, su salud, sus intenciones y de su posición respecto a los demás presentes. Por lo tanto, en el caso de la mayoría de las franjas de la actividad ordinaria, no escénica, parece perfectamente posible mostrar que aunque el comportamiento corporal del actor es aprendido y convencional, que en verdad afecta a la pieza de un conjunto, la acción es no obstante

percibida como directa y no transformada. Los movimientos corporales habituales no son vistos como una copia, como en el caso de las exhibiciones emocionales fingidas de los timadores, o como una simbolización, como en las exhibiciones emocionales llevadas a cabo por ciertas plañideras locales, sino, repitámoslo, como un síntoma, expresión o ejemplo directo del ser del hacedor —su intención, voluntad, talante, situación, carácter—. Esta «franqueza» es un rasgo distintivo del marco de la actividad cotidiana, y en último término se deben estudiar los marcos, no los cuerpos, para llegar a una cierta comprensión de aquélla.

El comportamiento habitual, pues, es considerado como un ejemplo directo o como un síntoma de las cualidades subyacentes y, por lo tanto, posee un elemento expresivo, aunque no se considera que la simbolización —digamos, en el sentido que Susanne Langer da al término— interviene de manera fundamental. Sin embargo, ciertamente se fijan posturas y la apariencia está cortada a medida, siendo ésta una acción simbolizadora más afín a la que se produce en el baile que a la que se genera en otros marcos. Y, además, tras la expresión y la simbolización con frecuencia se encontrará alguna amenaza, distante o cercana, de fuerza física, y cierta inclinación, fomentada o no, al contacto sexual directo, implicando ambas cosas otros nuevos roles para el cuerpo. Más aún, es característico de la interacción cotidiana que la fuente inmediata de estas emanaciones del yo cambie continuamente: unas veces los ojos, otras las manos, ahora la voz, luego las piernas y más tarde la parte superior del tronco.

Puede verse, pues, que en la interacción cotidiana el cuerpo figura de un modo limitado aunque muy complicado, y esto se ve contrastándolo con el rol que juega en otros marcos de la actividad.

4. Considérese ahora la naturaleza humana, que, según se dice, fundamenta el comportamiento de aquel que participa en los haceres habituales. Enfoquémoslo de nuevo comparativamente, comenzando esta vez con la autorrespuesta emocional mostrada por las figuras en diversos marcos.

En el teatro y en el cine es evidente que un actor bien entrenado y muy profesional estará dispuesto a adoptar el papel de un personaje emocionalmente efusivo o de uno extremadamente autocontenido, dependiendo de lo que el guión exija. En el primer caso, estará dispuesto (como personaje) a derrumbarse bajo diversas presiones, a hacer alarde de sus problemas y sentimientos, a pedir clemencia, a llorar.

a gemir, a maldecir y, en general, a conducirse de una manera que bien podría considerarse impropia en su vida real —debido tanto a los modelos de su grupo social como a su propia versión particular de aquéllos—. Además, en escena está dispuesto a manifestar emoción ante un número de gente mucho mayor que el que presenciaria estas efusiones en la vida corriente, si se entregara a ellas; y más aún, ese grupo mayor le mira de frente en vez de evitar con tacto prestarle atención.

En las competiciones públicas, a menudo suele permitirse una demostración emocional más amplia, especialmente de disgusto, que en la vida cotidiana del deportista. (En verdad, cada deporte parece ofrecer un uso convencional de su propio equipamiento para este propósito, como cuando se arroja al suelo un bate de béisbol después de un golpe o se lanza una pelota de tenis contra la valla de fondo después de haber fallado una devolución.) Pero estos estallidos tienden a producirse justo después de hacer una jugada, un intento o un pase, ya que en ese momento el individuo ha cesado de actuar activamente como jugador, y lo que hace no afecta a ese ámbito más de lo que lo hace el aplauso o el abucheo de los espectadores —cuya respuesta aquél puede optar por desatender—. Si el jugador que tiene la pelota tira su bate durante un lanzamiento, comete una falta; si lo tira después de haber golpeado, lo único que hace es un comentario sobre sí mismo como jugador durante un tiempo del juego que no cuenta, tiempo en el que los jugadores que están en el campo tampoco juegan. De igual modo, aunque la angustia gráficamente mostrada de un jugador de golf que falla un tiro fácil *se parece* a la volubilidad emocional de un actor escénico durante la representación de un personaje excitable, hay una diferencia sintáctica que afecta a la estructura de la experiencia.

Un músico durante una actuación presenta un cuadro diferente. A él (al igual que al director) se le permite acompañar el acto físico de la actuación con un estimulador espectáculo paralelo de esforzado desorden, ya que, después de todo, está modelando sonidos, no comportamientos. Pero si comete un error, su estrategia preferida es desatenderlo. Si forma parte de un conjunto, cualquier detención por su parte para mostrar disgusto, ira, embarazo, etc., sumergirá a los demás en un mayor desorden —aun cuando él no esté tocando en ese momento—. Si está interpretando un solo o toca con acompañamiento puede creerse en la obligación de pararlo todo y comenzar de nuevo el pasaje difícil, pero sólo puede hacer esto una o dos veces por actuación, y cuando lo hace, debe asegurarse de tratar todo el contratiempo como algo manejable con distancia y con un guiño, para que no sea su yo

literal, pleno, el que ha cometido el fallo, sino sólo una versión prescindible. Y lo que el guiño dice es que él sabe que el público estará dispuesto a colaborar en su ruptura momentánea del marco, que no se ocupará de su descontrol ni de que él pudiera pensar que ellos pensaban que su pequeña intransigencia era irrespetuosa. Obsérvese que lo que en ese caso se exige de la ruptura del marco por un virtuoso, cuya actuación ha de ser exquisitamente ejecutada para salir airoso de ella, es un logro común en la interacción cotidiana. Porque no hay un público que tiene expectativas elevadas, y con frecuencia nadie, salvo el que ha metido la pata, es considerado responsable de su autorrespuesta emocional a la metedura de pata.

Ahora observemos de nuevo la interpretación de canciones populares. La trama argumental suele consistir en un drama sentimental. Como se ha sugerido, la historia suele contarse en primera persona del singular. Como en las producciones escénicas, el animador y la figura son considerados diferentes técnicamente, pero en el caso de la canción popular unen a ambos algunos lazos más profundos. De hecho, cuanto más asimilable sea la vida del animador (como la audiencia sabe) a la crisis sobre la que está cantando, más «efectivo» será el resultado. «Sinceridad» aquí significa cantar como si lo que dice la letra fuera experimentado por el que la canta. En cualquier caso, los cantantes rutinariamente exhiben a una velocidad galopante las expresiones emocionales más alarmantes sin necesidad del largo montaje que ofrece la obra de teatro. Treinta segundos y ya está —un efecto instantáneo—. El individuo, como cantante, lleva el corazón en la garganta; como interactuante cotidiano, es probable que se exhiba menos. Si puede decirse que sólo *qua cantante* se emociona a petición de los demás, también puede decirse que sólo *qua conversador* no lo hace. Ninguno de los dos comentarios nos habla sobre la persona como tal: ambos nos hablan de figuras dentro de marcos.

La noción de autorrespuesta emocional constituye una parte de la «expresión emocional». Otra parte tiene que ver con la autorrevelación no intencionada. La doctrina asociada al marco del comportamiento real cotidiano sostiene que el actor tiene un control incompleto sobre su expresión emocional. Puede intentar suprimir esta fuente de información sobre sí o falsearla, pero esto (suponemos) nunca puede lograrlo del todo. De este modo, puede decir deliberadamente una mentira descarada, manifiesta, pero difícilmente puede evitar mostrar cierta expresión de culpa, dubitación o matización en su actitud externa. Se piensa que su propia naturaleza lo garantiza. Puede pensarse

que quien puede falsear abiertamente lo que dice a los otros es un «psicópata» o. Dios nos perdone, un «sociópata», y en cualquier caso si le colocamos unos electrodos, el polígrafo —nuestra defensa cosmológica más profunda— mostrará que realmente aquél no contradice la naturaleza humana.

En suma, se supone que como personas naturales somos receptáculos vinculados epidérmicamente. En su interior hay estados de información y de afecto. Este contenido se indica directamente a través de la expresión manifiesta y las indicaciones involuntarias consecuentes siempre a su supresión. Sin embargo, cuando el individuo participa en juegos de farol como el póquer, se encuentra que o bien bloquea casi enteramente la expresión o intenta los engaños más flagrantes, expresivamente diversificados —aquellos que le crearían muy mala reputación si intentara sin éxito tal exhibición en su actividad literal, real¹.

Se vislumbra una respuesta. La incapacidad para expresarse perfectamente no es una herencia de nuestra naturaleza animal o divina, sino el límite obligatorio asociado por definición con un determinado marco —en este caso, el marco del comportamiento cotidiano—. Cuando cambia el marco, pongamos por caso, a los juegos de farol, y este marco ofrece al jugador la seguridad de que su disimulo será visto como algo «no serio» y no inadecuado, entonces se producen exhibiciones magníficamente convincentes, tramadas para dar fe de bazas e intenciones que el que lo proclama de hecho no posee. En resumen, todos tenemos capacidad para ser manifiestamente desvergonzados, siempre que dispongamos de un marco organizado de tal modo que la mentira sea vista como parte de un juego y propia de aquél. Y puede conseguirse la misma virtuosidad cuando el que engaña sabe que está participando realmente en un experimento, o en beneficio de un re-

ceptor obviamente desencaminado, o como ilustración del modo de meterse alguien en un lío. Parece, pues, que la «honestidad normal» es una regla respecto al marco de la interacción literal corriente, regla que, a su vez, es una expresión particular de un tema estructural más general, es decir, que la parte en juego tiene algo que ocultar, tiene una especial capacidad e incapacidad para hacerlo, y opera conforme a reglas referentes a su modo de comportarse a ese respecto.

5. ¿Y qué es el meollo de todo eso? El individuo actúa como alguien que tiene una determinada identidad biográfica aun cuando aparezca con los atavíos de un determinado rol social. El modo como se desempeña el rol permitirá cierta «expresión» de la identidad personal, de cuestiones que pueden ser atribuidas a algo más abarcador y duradero que el desempeño del rol de hecho e incluso del propio rol, algo, en suma, que es característico no del «rol», sino de la persona —su personalidad, su carácter moral perdurable, su naturaleza animal, etc.—. Sin embargo, esta licencia para distanciarse del rol prescrito es en sí algo que varía mucho, dependiendo de la «formalidad» de la ocasión, de las capas que se sustentan y de la disociación hoy de moda entre la figura que se proyecta y el motor humano que la anima. Hay una relación entre las personas y el rol. Pero la relación responde al sistema interactivo —al marco— en el que se desempeña el rol y en el que se vislumbra el yo [*self*] del actor. El yo, pues, no es una entidad semiculta tras los acontecimientos, sino una fórmula cambiante para habérselas con uno mismo durante ellos. Al igual que la situación actual prescribe un disfraz oficial tras el que nos ocultamos, también indica dónde y cómo lo trasluciremos, siendo la propia cultura la que prescribe el tipo de entidad que debemos creer que somos a fin de tener algo que transparentar de esta manera.

Veamos el caso de un subastador. Demuestra ser todo un «carácter». No teme la misión que se le ha confiado. Hace observaciones irónicas sobre uno o dos de los artículos que está obligado a adjudicar, mostrando que es ligeramente cínico respecto a los vendedores, a los compradores y a lo que se está vendiendo. Es el maestro de ceremonias, el editor, engatusa y se burla. Reprende a la asamblea por pujas que no son generosas. Se niega a dejar las cosas como están; siempre sube un poco más la subasta. (Está claro que eso no le impide pregonar seriamente los artículos más importantes y puede, de hecho, servir de base para su credibilidad en esta ocasión.) Así pues, este subastador parece un tipo especial, salvo que en las subastas se da tanto una

¹ Un bonito ejemplo lo ofrece el juego *So Long Sucker*, en el que las reglas y la forma de jugar están organizadas de modo que hay subgrupos de jugadores que pueden formar coaliciones, y cada jugador, para ganar, debe traicionar a su coalición y unirse a otra, a la que también debe traicionar, y así sucesivamente. Parece que la partida normalmente nunca se termina debido a la negativa de los jugadores a continuar. Hasta que la partida estalla, sin embargo, se obtiene una muestra notablemente expresiva de las seguridades que da cada jugador de que será leal a la coalición en la que va a entrar, cuando ciertamente todos saben que eso no será posible. Véanse M. Hausner, J. F. Nash, L. S. Shapley y M. Shubik, «*So Long Sucker, a Four-Person Game*», en Martin Shubik (ed.), *Game Theory and Related Approaches to Social Behavior* (Nueva York, John Wiley & Sons, 1964), pp. 359-361.

tradición como la oportunidad para esta clase de cosas, y muchos de los que asumen el rol también asumen el estilo personal irreverente fomentado en este tipo de tratos. Lo mismo sucede con las azafatas. La azafata puede servir el café simplemente con una media sonrisa distraída al hacer el ofrecimiento y un ligero movimiento de la cara cuando retira la jarra, arropando el servicio en un ritual no más importante que el que se ejerce en cualquier barra en América. Pero yo, por el contrario, he visto lo siguiente:

Hablando alegremente, como si anunciara una posibilidad nueva, y gesticulando con la cafetera, la azafata pregunta a un hombre de mediana edad sentado junto al pasillo si quiere café. Él asiente con la cabeza. Ella, sabiendo al parecer que queda muy poco, mira a hurtadillas por el borde de la jarra y hace una *mueca* de contrariedad, rebajando su edad hasta el punto en que a los pasajeros, a la vista de ello, les correspondería adoptar la perspectiva de ella sobre los acontecimientos, abandonando la propia. Sirve el café, y ve que la taza se ha llenado, agita la jarra con un serio esfuerzo fingido por apurar hasta la última gota, rompe en broma el marco con una carcajada adulta conspiradora, mueve la jarra un poco en dirección a la compañera de asiento; la retira con fuerza mientras levanta la cara y aprieta los labios en un simulacro de altivez y dice en voz alta: «Voy por más».

La sensación que el hombre pudo haber tenido de que, después de todo, le habían tocado los posos, y la de su compañera de asiento, que, después de todo, había perdido el turno, ha sido suscitada, encarada y reenmarcada como el telón de fondo de lo que hay que tomar con buen humor, un intento infantil de echar abajo un rol adulto ligeramente grotesco. Se induce una coalición contra la seriedad, de modo que las protestas contra el sabor y la temperatura del café puedan ser invocadas tanto por la sirviente como por los servidos. Obviamente ella es una buena chica, de las que disfrutan con su trabajo, está llena de vida y le encanta la gente. Tiene una personalidad agradable. Salvo que ella no inventó esa manera de no impugnar una transacción, ni probablemente lo hubiera hecho de manera tan exagerada en circunstancias menos favorables. Su edad, sexo y apariencia aportan un ingrediente a la mezcla; su trabajo, el otro. A todas las chicas durante su etapa de entrenamiento se las induce a alegrar el mundo de la misma forma, y muchas lograron hacerlo en el aire. Por lo tanto, los subastadores y las azafatas aportan algo más que roles; ofrecen determinadas maneras de no hacer una mera actuación de ellos, determinadas maneras de cambiar de clave los acontecimientos literales. En suma,

siempre que vestimos un uniforme, probablemente vestimos una piel. Pertenece a la naturaleza del marco establecer el límite a su propio reencuadre.

6. ¿Y qué es el «uno mismo» [*oneself*], esa cosa palpable de carne y hueso? Un conjunto de funciones característicamente superpuestas a los haceres literales, corrientes, pero separadas en todos los aspectos de otros ámbitos del ser. Así también las personas con las que tenemos trato. Y si esas funciones —funciones tales como las de causante, estratega, animador, figura— se separan en ámbitos extraordinarios del ser, ¿por qué el análisis no podría separarlas en la realidad ordinaria? Como Merleau-Ponty, por ejemplo, ha intentado:

No se ha hecho notar lo bastante que el otro nunca está presente cara a cara. Aun cuando, en el calor de la discusión, yo me confronto directamente con mi adversario, no es en ese rostro violento con su mueca, y ni siquiera en esa voz que viene hacia mí, donde ha de encontrarse la intención que me alcanza. El adversario nunca está suficientemente localizado; su voz, su gesticulación, sus crispaciones son sólo efectos, un tipo de efecto teatral, una ceremonia. Su productor está tan bien enmascarado que yo me sorprendo bastante cuando observo mis respuestas. Este maravilloso megáfono se siente azorado, da algunos suspiros, tiembla un poco, da algunas *muestras de inteligencia*. Hay que creer que allí había alguien. Pero ¿dónde? No en esa voz agotada, ni en ese rostro surcado como un objeto ajado. Ciertamente *no detrás* de ese porte: yo sé muy bien que allí detrás sólo hay «oscuridad atiborrada de órganos». El cuerpo del otro está delante de mí —pero en lo que a él respecta, tiene una existencia singular, *entre* yo que pienso y ese cuerpo, o más bien junto a mí, a mi lado—. El cuerpo del otro es una especie de réplica de mí, un doble vagabundo que hechiza mi entorno más de lo que parece. El cuerpo del otro es la respuesta inesperada que obtengo de otra parte, como si por milagro las cosas comenzaran a adivinar mis pensamientos, o como si siempre pensarán y hablarán por mí, puesto que ellas son cosas y yo soy yo. El otro, ante mis ojos, está, pues, siempre en el quicio de lo que veo y oigo, está a este lado de mí, está a mi lado o detrás de mí, no está en aquel lugar que mi mirada aplasta y vacía de toda «interioridad»⁴

—aunque olvidando aplicar estas referencias al yo [*self*], el análisis que ellas le permiten aplicar al otro.

⁴ Maurice Merleau-Ponty, *The Prose of the World*, edición de Claude Lefort, traducción de John O'Neill (Evanston, Ill., Northwestern University Press, 1973), pp. 133-134.